

Diego de Torres Villarroel

Peregrinación al Glorioso Apóstol Santiago de Galicia

Estudio y edición de Jacobo Sanz Hermida



Portada de la edición original
(Salamanca, Librería Cervantes, 2003)

Introducción

Aumenta mucho la presunción del gran número que hay de tunantes con capa de peregrinos, el que los que acá vemos con el pretexto de ir a Santiago, comúnmente dan noticias individuales de otros Santuarios de la Cristiandad, donde dicen que han estado; y visitar tantos Santuarios, para devoción es mucho, para curiosidad y vagabundería nada sobra.

Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro,
Theatro Crítico Universal, IV, discurso quinto, 15, pág. 121.

No sorprenderá al lector moderno, familiarizado con la estrafalaria biografía del doctor don Diego de Torres Villarroel, que en su dilatada vida hubiera existido un hueco para visitar algunos de los principales santuarios de nuestro país, y entre ellos, ciertamente, el del Apóstol Santiago. Mucho menos nos extrañará que este viaje fuese objeto de una recreación literaria en un romance jocos, muy al tono de nuestro polígrafo. De nuevo, y como nos tiene acostumbrados con otros de sus textos, la polémica ambigüedad de su poema y la descripción en prosa

de algunos avatares de su peregrinación, junto a algunas contradictorias afirmaciones, nos obliga a concentrar esfuerzos a fin de analizar en detalle su sentido y significado.

Aunque el *Viaje a Santiago* se realiza en 1737, conviene retroceder cinco años atrás, cuando Torres Villarroel se ve envuelto en un escabroso asunto, que le lleva a un «ruidoso destierro», «extrañado sin término de los dominios de España»¹. Acusado de instigar a su íntimo amigo don Juan de Salazar, quien en un loco arrebató hirió a un injurioso clérigo, huye de la justicia en ajetreada escapada hacia tierras galas. A los pocos meses regresa a España y es apresado en Salamanca, en donde se le notifica el decreto (29 de mayo de 1732) que Felipe V había expedido para su extrañamiento. Así, salió «en aquella tarde con dos corchetes y un escribano, y en treinta horas me pusieron en Portugal» (119)². Esta segunda estancia en el país vecino no fue menos vagabunda que la primera, mas careció del pintoresquismo de su fogosa juventud, pues se pudo beneficiar de la crecida fama de hábil pronosticador que este renombrado catedrático de matemáticas del Estudio salmantino ya poseía por aquel entonces. Tres años duró el destierro, hasta que las continuas peticiones en la corte de su hermana Manuela y su sobrina Josefa de Ariño dieron fruto, al conseguir del obispo de Málaga, fray Gaspar de Molina y Oviedo, Gobernador del Real y Supremo Consejo de Castilla y Comisario general de la Santa Cruzada, la derogación de la pena (9 de noviembre de 1734). Su vuelta a la ciudad del Tormes produjo contento y desazón entre partidarios y detractores. Con todo, el transcurrir de los años no le ayudaron a desarraigar este negro episodio de su vida hondamente enquistado, y él mismo se encargará de

¹ Las citas que aparecen entrecomilladas están tomadas de su *Vida*, según la edición de Federico DE ONÍS (1971: 117), que seguiré a lo largo de todo este estudio. Ahorro al lector las continuas referencias a esta obra, aunque sí indico las páginas correspondientes entre paréntesis. Junto a ella, el interesado puede recabar abundante información sobre la vida y obra de este controvertido polígrafo en GARCÍA BOIZA (1911 –después 1949– Y 1918); SEBOLD (1975: 133-34); MERCADIER (1976 –después 1981–), y la reciente revisión de PÉREZ LÓPEZ (1998: 13-35).

² El destierro de Torres ha sido analizado y revisado con cierto detalle por MERCADIER (1978: 67-86, y 1982).

recordarnos la dureza de su destierro, en el que llegó incluso a estar a las puertas de la muerte:

Padecí en este tiempo, en extrema soledad, con mucha pobreza y riguroso desabrigo, dos enfermedades agudas que me asomaron a la boca del sepulcro (124)³.

Ante situaciones tan extremas, cuando no dramáticas, Torres debió invocar repetidas veces al auxilio de la divinidad, haciendo, entre otros, voto de peregrinaje a Santiago, si el desenlace le era propicio, como más tarde habría de manifestar abiertamente en el trozo cuarto de su *Vida*:

... pocos días antes de san Lucas me volví a Salamanca a cumplir mis juramentos y mis obligaciones; y al año siguiente, que fue el de 1736, después de finalizadas mis tareas, empecé a satisfacer varios votos, que había hecho por mi libertad. Fue el más penoso el que hice de ir a pie a visitar el templo del apóstol Santiago, y fue sin duda el más indignamente cumplido; porque las indevotes, vanas y ridículas circunstancias de mi peregrinación echaron a rodar parte del mérito y valor de la promesa (127)⁴.

³ Más elocuente será el soneto que *Escribe desde Amarante, lugar de Portugal, la miseria que padece en su destierro*, cuyo último terceto reza: «Así vivo, difunto en mi destierro,/ pues con mi horrible y pálido semblante,/ llamando a todos voy para mi entierro» (Cito por el volumen VII de sus *Obras completas* –primer tomo de sus *Jugetes de Talía*–, Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1795, pág. 29).

⁴ De este voto y el contexto en el que surge ofrece cumplida noticia en las primeras cuartetas del *Romançe* que dedica a la peregrinación: «Cuando el libro de mi vida/ pusieron por rotulada/ destierro de la inocencia,/ ya que no de mi ignorancia.// Pero hablárte más claro: / cuando expulso de mi patria,/ para que no entrase en ella,/ tocaron a cierra España,// A la raya me pusieron/ de la grande Lusitania;/ pero yo, ni aquí, ni allí,/ pude jamás hacer raya.// Voto a Dios hice y a toda/ su celestial corte santa,/ de ir a l Patrón de Galicia/ a correr las caravanas...».

LA PEREGRINACIÓN DE TORRES A SANTIAGO Y SU DIFUSIÓN IMPRESA

Continúa relatando con cierta prolijidad el trayecto de su peregrinación, cargada de múltiples anécdotas que incitan a la curiosidad del lector⁵, al que se remite a otros textos en los que se da mayor noticia de esta aventura:

Este viaje le tengo escrito en un romance, que se hallará en el segundo tomo de mis poesías, y en el extracto de pronósticos, en el año de 1738, en donde están con más individualidad referidas las jornadas... (128).

Volvía de nuevo a aflorar la mentalidad de un hombre de cultura libreril (que no libresca en este caso), hijo de librero. Su desmedido interés por sacar el máximo rendimiento económico y personal de cualquier texto propio, a la vez que mantener informados a sus lectores de su desmembración en varias obras, le llevaba a crear a su alrededor un complejo entramado editorial. En el caso que nos ocupa, el hecho resulta en sí aún más patente.

A esta altura conviene precisar, como más adelante se desarrollará por extenso, que existe un error de fecha en lo que se refiere al inicio de su viaje, ya que éste no se verificó en 1736, según leíamos anteriormente en su *Vida*, pues hasta el 10 de abril de 1737 no solicita licencia a la Universidad para abandonar su cátedra y cumplir su voto⁶. De manera que hemos de suponer que su peregrinación se realiza desde este día hasta principios del mes de septiembre de dicho año, según se justifica en su declaración de que «cinco meses me detuve en este viaje». Estas referencias temporales son importantes pues nos aportan luz en torno al proceso de creación y difusión de su obra, y en particular de este *Romance*.

⁵ En el Apéndice I, el lector interesado encontrará este relato en su amplitud.

⁶ Este hecho ya fue señalado por GARCÍA BOIZA (1949: 86-9). Quizás podamos pensar que se trata de una simple errata tipográfica.

En los últimos días de septiembre, recién inaugurado el otoño, Torres obtiene la licencia para la publicación del *Pronóstico* de 1738, según se lee en la censura del reverendo padre, fray Pablo de San Agustín, predicador del Monasterio de san Jerónimo:

Así en el *Pronóstico* como en el *Romance* no encuentro cosa que se oponga a Nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni pragmáticas de su majestad (que Dios guarde), por lo que le considero digno de que vuestra alteza le conceda la licencia que pide.

24 de septiembre de 1737

Mientras se cumplimentan los trámites legales, Torres está redactando la dedicatoria para el Procurador y Definidor General de la Provincia del Perú, el maestro fray Diego de Sosa, que firma en Salamanca a 10 de noviembre de dicho año. Al poco y seguramente ese mismo mes de noviembre o, a más tardar, a principios de diciembre, los salmantinos gozarían en primicia de *La romería a Santiago. Pronóstico diario de quartos de luna y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de toda la Europa, para este año de 1738...* (Salamanca. Año de 1737)⁷. Nuestro autor debía estar acostumbrado a conjugar los tiempos entre la producción literaria y la impresa de obras de tamaño insignificancia editorial, como ésta de cuatro pliegos en octavo, que seguramente debió tener un abultado tiraje, dada su gran popularidad⁸. A la par, en la misma imprenta salmantina no nominada, y seguramente con no muchos días de diferencia, publica su *Peregrinación al Glorioso Apóstol Santiago de Galicia*, en donde se indica ya desde la misma portada: «Las licencias y aprobaciones de este *Romance* están incluidas en las del *Pronóstico*». Es decir, se había aprovechado la coyuntura y se solicitó licencia conjunta de ambas obras, utilizando un idéntico esquema, pues también se componía a la postre la dedicatoria, en este caso al Obispo de Orense, don

⁷ He consultado el ejemplar custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid, sgt.: Ca 318 (23).

⁸ Junto al impreso salmantino señalado, PALAU recoge otro ejemplar, que no he localizado, de idéntico título, pero «Barcelona: Por Joseph Giralt Impressor, la Plaça de Santa Ana. Véndese en su misma Casa (1738), 8°. 1 lám. 7 h. 64 p.» (n°. 337469).

Agustín de Eura, firmada en Salamanca a 20 de noviembre de 1737. De nuevo, hemos de suponer que a fines de este año el *Romance* estaba a la venta en las librerías salmantinas⁹.

Esta revisión minuciosa de la producción impresa de estas dos obras se justifica en cuanto ofrece datos valiosísimos sobre el *modus operandi* de Torres, en concreto, las presuras que acechaban a un escritor que por aquella época se encontraba ya inmerso en semejante vorágine editorial. En efecto, el *Gran Piscator de Salamanca*, según se conocía a Torres, había conseguido una fama que no sólo estaba obligado a conservar, sino que debía seguir promoviendo en todas y cada una de sus actividades. Precisamente por esto, no hay nada de extraño que una acción individual, como es una peregrinación a un santuario para cumplir un voto, se convierta no sólo en objeto de reseña biográfica, sino que además se presente como digna de un conocimiento colectivo, a través de su difusión escrita. En este sentido, las expectativas públicas de personaje tan variopinto dan razón a la composición de un poema jocoso, alejado de toda inmanencia espiritual, como hubiera sido en principio lo esperado en cualquier autor que hubiera relatado su viaje santo. Pero es que Torres no era cualquier autor. Sobre Torres pendían un sinnúmero de relatos entre los reales y los falsamente atribuidos, que hacían de su persona un ser extraordinario. El hombre que había sublevado y exaltado a las masas, en su mayoría incultas, en un acto tan íntimo como una oposición a la cátedra de matemáticas, en gran medida reservado desde tiempos inmemoriales para miembros del Estudio en exclusiva, no podía fácilmente alejar de sí las miradas de quienes se declaraban adictos a las peripecias de tan singular personaje. Con ello, el silencioso recogimiento que debía haber sido su peregrinación se convirtió en loco y dicharachero trayecto, del que más tarde se daría cuenta a unos lectores –que de por sí tenían noticia de su promesa–, que fueron partícipes de los preparativos del viaje y que esperaban ansiosos tener noticias del mismo.

Mientras la ciudad del Tormes aguardaba la vuelta del Piscator, Torres iniciaba su peregrinación, que habría de

⁹ En el vuelto de la última página, la 47, de la edición príncipe del *Romance* (y poco más tarde en la Segunda Impresión) se indicaba que se podía encontrar en la librería madrileña de Juan de Moya junto a otras obras, algunas del propio Torres, que se reseñaban a continuación.

transcurrir por dos trayectos diferentes: el primero, más corto, por tierras lusas, tal vez como una inmolación en reminiscencia de los malos momentos que hubo de vivir años atrás, pues algunas de las localidades por donde pasará guardaban fresca memoria de los tristes días del destierro. Desde Salamanca partió hacia Ciudad Rodrigo, y desde allí al Fuerte de la Concepción, Almeida, Pinhel, Trancoso, Ponte do Abade¹⁰, Lamego, Braga, Valença do Minho, Tui, y, por fin, Santiago de Compostela¹¹.

Como se señala en el primer verso de la antepenúltima cuarteta de su *Romance*, «Volví por otro camino», el regreso se realizó desde Santiago a La Coruña, y según se indica en su *Vida*, «desde aquel alegre y bellissimo puerto de mar, tomé el camino de Castilla por distintos lugares» (129). Podemos suponer que aprovecharía la vuelta para ir a Madrid y entregar los originales de su *Pronóstico* y su *Romance*, para que fuesen examinados por los censores oficiales del Consejo de Castilla a fin de obtener la licencias precisas.

Sea como fuere, lo que es claro es que Torres era un polígrafo infatigable, comprometido con varios proyectos editoriales, que como la impresión de los pronósticos, le obligaban a cumplir anualmente con su publicación¹². Y así, durante su peregrinación aprovecha para concluir el del año siguiente de 1738. Lo hace, según manifestará en el prólogo del *Romance*, «con versos de andadura y coplas de paso castellano, unas veces al trote y otras galopando». A lo largo de varios días, tras haber puesto al lector en antecedente de su viaje en la

¹⁰ En el Convento de San Francisco de Trancoso le asaltó la segunda enfermedad de su exilio, una calentura ardiente, que agraciadamente encontró cura durante su estancia en Ponte do Abade «lugar en donde, por la misericordia de Dios, no había médico ni boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia y el consuelo de ir palpando las buenas noticias que me daba mi albañal, me vi libre en pocos días de tan rebelde y desesperada dolencia».

¹¹ La ruta jacobea salmantina ha sido estudiada con especial detalle por LLOPIS (1965).

¹² Hace ya años que GARCÍA BOIZA (1949: 202 y ss.) resaltaba los pingües beneficios que le reportaban anualmente la venta de los populares *Piscatores*, dinero que empleaba en el sustento de una copiosa familia y en sus muchas y largas obras de caridad.

Introducción al juicio del año, teniendo en «la memoria los movimientos de los planetas», y ante los atentos oídos de otros romeros, compañeros de fatiga, comienza a recitar su almanaque, atendiendo a su división en las cuatro estaciones. Al fin del cual, indica:

Concluido el pronóstico, nos recostamos sobre las pajas, y después de haber dormido con la moderación que nos permitía la incomodidad, tomamos el camino de Santiago por la hermosa y florida provincia de Tui. Las demás especialidades de la peregrinación las pondré en un *Romance*¹³.

Por lo tanto, si creemos en sus palabras, este *Pronóstico* se presenta como la primera fuente de conocimiento de la peregrinación de Torres, en la que tan sólo nos ofrece parte de su viaje por tierras gallegas, sin que se haga efectiva su llegada a Santiago¹⁴. La idea de la composición del *Romance* podría haber rondado en la cabeza del Piscator desde el mismo momento en que sale de Salamanca a cumplir su voto, pero no se llevaría a cabo hasta que llega a Galicia, en donde ciertamente pasó el mayor tiempo de esos cinco meses que duró su peregrinación. Allí escribe las 276 cuartetas –1104 versos– que componen este *Romance*, de cuyo tamaño se disculpa ante el lector llegado el fin:

Si me culpares, Lector,
las coplas por demasidas,
menester son tantos pies,
para tan larga jornada.

Con todo, no fueron estos trabajos literarios menores los que más preocuparon y ocuparon a nuestro autor, pues como indicará en su *Vida* años más tarde:

¹³ El lector interesado puede leer la parte de este pronóstico que atañe a la peregrinación en el Apéndice II.

¹⁴ «Los almanaques son para el Gran Piscator de Salamanca cuadernos de bitácora en los cuales, cada año, deja constancia de sus angustias, de sus aspiraciones y de los hechos notables de su existencia» (MERCADIER 1982: 270).

En medio de estar ocupado con los deleites, las visitas y los concursos, no dejaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viaje fue la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino, con el almanak de aquel año, antes de volver a Salamanca; a donde llegué desocupado para proseguir sin extrañas fatigas las que por mi obligación tengo juradas (129-30).

Habría de transcurrir un largo año desde que finalizó la redacción de esta *Vida de la madre Gregoria de Santa Teresa* hasta que la obra pasó por los tórculos de la imprenta salmantina de la cofradía de la Santa Cruz, regentada por aquel entonces por Antonio Villarroel y Torres. La biografía había surgido a instancias del padre, fray Julián de San Joaquín, definidor de Andalucía y confesor de esta venerable carmelita, quien expresamente había elegido a Torres para que la escribiese. Éste la dedicaba al Convento carmelitano de Sevilla, donde profesó dicha monja, en «Salamanca a seis de diciembre de 1738». Esta notable diferencia entre la rápida difusión impresa del *Pronóstico* y el *Romance*, frente a la *Vida* de esta ejemplar carmelita, en el «siglo, doña Gregoria Francisca de la Parra», se explica por la diversidad de intenciones: los dos primeros, menudencias literarias, no precisaban de ninguna especial atención tanto en su elaboración como en su difusión impresa; en contra, la *Vida de la Venerable madre Gregoria...*, no sólo tenía que conseguir el beneplácito de fray Julián, tras detenida revisión, sino que además su propia producción impresa requería atento cuidado: la materia era elevada y su plasmación en forma de libro debía estar acorde. Ya no era válido el barato formato en octavo a modo de los *paperbacks* actuales, sino que se pasaba al estándar cuarto, más en consonancia con un libro de un volumen de cerca de 500 páginas, con índices, y una bella estampa calcográfica que incitaba a la devoción contemplativa, llamado a formar parte de bibliotecas religiosas y de celdas conventuales. Todo ello no era posible ejecutarlo en menos tiempo, pues las prisas nunca fueron amigas del buen hacer.

Frente a este celo en la impresión de esta *Vida*, el *Romance* salía a la luz con numerosas erratas, dejando en evidencia el proceso de la corrección, afectado, sin lugar a dudas, por la presura. Ello no obstaba para que el impresor, seguramente el

mismo que, como se verá, acomete la segunda impresión de esta obra, manifieste cierto alarde tipográfico, con diferentes géneros, cuerpos y gruesos de letras, destacándose el poema de la dedicatoria y el prólogo por ir encerrado en una orla muy al gusto del Setecientos. El tamaño y la calidad inferior del papel confirman su carácter de libro de consumo, barato, asequible a un gran público.

Desconocemos el tiraje del *Romance*, aunque no debió ser corto. Lo que sí es evidente es que fue bien recibido, pues se agotó al poco, forzando la rápida aparición de una *Segunda impresión*, sin fecha, pero con indicaciones tipográficas expresas al pie de la portada: «En Salamanca, en la Imprenta de la Santa Cruz: Por Antonio Villarroel y Torres». Segunda tirada, de mayor rareza bibliográfica¹⁵, que sigue muy de cerca la *princeps* en la distribución de las planas, aunque con mayor descuido en su composición como lo evidencian las abundantes erratas. En todo caso parece adecuado pensar que debió estamparse en los primeros meses de 1738, pues no parece probable que hubiera podido dar tiempo desde ese 20 de noviembre, que se concluye la dedicatoria, hasta fines de diciembre, de no sólo realizar una primera impresión y agotarla, sino de acometer una segunda.

Pero no acaba aquí la historia de la difusión de esta pequeña obra; se hizo, en lo que hoy por hoy conocemos, una segunda edición, «con permiso del autor», en mayor formato, en 4º, y por lo mismo de menor extensión –3 hs. + 14 págs., frente a las 4hs. + 47 págs. de la príncipe–, con el poema a dos columnas, salida de los talleres sevillanos de la calle Génova, de don Diego López de Haro, impresor con quien Torres mantuvo una amplia relación mercantil a lo largo de su vida. La tipobibliografía

¹⁵ Como es sabido la conservación moderna de ejemplares de una obra antigua suele estar en relación inversamente proporcional al volumen de su tiraje, de forma que cuanto más popular es, por regla general, menor número de ejemplares poseemos. En este caso el hecho resulta más que evidente, pues frente a los tres ejemplares que se han catalogado en bibliotecas españolas y extranjeras de la primera impresión, tan sólo se conoce un ejemplar de la segunda impresión, custodiado en la Biblioteca Xeral Universitaria de Santiago de Compostela (R: 12.481), ejemplar que fue mostrado al público recientemente en la exposición *Santiago, Camino de Europa. Culto y Cultura en la peregrinación a Compostela* (1993: 469-70) [La descripción de ambas impresiones puede verse en AGUILAR PIÑAL (1995, VIII: n.º. 758 Y 760 respectivamente)].

moderna la considera de hacia 1739¹⁶, fecha que no viene mal a la lógica divulgación del *Romance*. De esta impresión es reseñable su cuidada ortografía, más regular que en el caso de las anteriores, así como su mayor desvelo en la corrección de erratas tipográficas.

Aunque no volvió a publicarse en edición exenta, fue incluida en la segunda parte de sus *Juguetes de Talia* (Sevilla: Diego López de Haro, s. a., pero c. 1744), según ya anunciaba Torres en su *Vida*: «... este viaje le tengo escrito en un romance, que se hallará en el segundo tomo de mis poesías»¹⁷. Posteriormente se reproduce esta peregrinación en sus obras completas –volumen VIII, págs. 58-77, de la edición salmantina de Antonio José Villagordo y Alcaraz (1752); y en el mismo volumen, págs. 194-231 de la edición madrileña de la Viuda de Ibarra (1795)–, en versión más cuidada que la anterior (cercana al texto que reproduce la edición de Sevilla), y con alguna variante que, aunque no significativa, pues no altera en sustancia el poema, sí nos informa de cierto desvelo por parte del autor en la revisión de sus obras antes de darles lo que se presentaba como su versión definitiva.

Por lo tanto, en apenas 60 años tenemos noticia de seis impresiones de este *Romance*. No es ciertamente, ni mucho

¹⁶ Así lo data PALAU (1971, XXIII: n.º. 337430), teniendo en cuenta que este mismo impresor stampa el segundo volumen de sus poesías, sus *Juguetes de Talia*, que aunque sin fecha de impresión, posee licencias de 1739 y 1744 (n.º. 337420); obra, por cierto, también en 4.º lo que explicaría el aumento del formato del *Romance*, que surge como cuadernillo desglosado de esta compilación poética. No obstante, PALAU mezcla esta edición con la segunda impresión (n.º. 337431). Para su descripción véase además AGUILAR PIÑAL (1995, VIII: n.º. 759).

¹⁷ En el fondo, y atendiendo a lo dicho en la nota de más arriba, se trata de una copia a plana y renglón de la edición exenta estampada por este mismo impresor. Al igual que la primera parte, estos *Juguetes de Talia* reúnen una miscelánea de obras que va desde el *Romance* de la peregrinación a Santiago, pasando por las *Exequias mentales* a la muerte de Felipe V, o la *Expresión fúnebre* a los condes de Monterrey, hasta unos variados villancicos a la natividad de Jesús, junto a la *Fe de Vida y testimonio de sanidad del Doctor Diego de Torres*; es decir, se utiliza un criterio arbitrario tan sólo justificable por aglutinar poesías sagradas y profanas publicadas en su origen en fechas más o menos próximas.

menos, un *best-seller*, pero sí una de las obras menores del Piscator de Salamanca que disfrutó de mayor difusión, y, por lo mismo, que contó con el beneplácito del público, lectores y oidores, de su época.

UN ROMANCE JOCOSO: EL VIAJE DE TORRES A SANTIAGO

Cuando Torres decide, según veíamos en su *Vida*, cumplir su voto de ir en peregrinación a Santiago, lo primero que hace, como miembro de la Universidad de Salamanca, es solicitar permiso al Estudio para ausentarse temporalmente, acogiéndose a la constitución XI de Martín V, que justificaba explícitamente la ausencia de los docentes de las aulas durante el periodo lectivo, entre otros muchos, por «peregrinación a Santiago en año jubilar o de indulgencia general», sin que pudiera ser objeto de sanción¹⁸. Licencia que le es concedida por acuerdo mayoritario en el Claustro de diputados del 10 de abril de 1738:

... el acuerdo de la Universidad fue tener Presente, Leyente, Ganante y Jubilante en su cátedra de matemáticas al dicho maestro don Diego de Torres, concediéndole la licencia que pide para

¹⁸ «Item statuimus & ordinamus, quod doctores, alique lectores ordinarie pro salario legentes a festo Sancti Lucae de mense Octobris legant vsque ad festum beatae Mariae virginis de mense Septembris; nisi ex causis inferius annotatis, de quibus Rectori fidem facere teneantur, ipsos, vel eorum aliquem cessare contigerit a lectura. Vicelicet infirmatis perpetuae, vel temporalis, domestici funeris, nuptiarum negocij, vel gradus recipiendi in studio Salmantino, non alibi, vel captionis corporeae sine sua culpa, vel peregrinationis ad limina Sancti Iacobi in anno scilicet iubilei siue indulgentiae generalis, iustique timoris mortis vel periculi corporalis, vel perdicionis omnium bonorum suorum, siue maioris partis eorum, vel negotiorum vniuersitatis, vocationis Apostolicae sedis causis, vel alias de mandato & licentia uniuersitatis ipsius». Existe una edición facsímil moderna del texto íntegro de estas *Constituciones* con traducción castellana de VALERO GARCÍA & PÉREZ MARTÍN (1991: 128, para el punto que nos ocupa). Téngase además en cuenta el análisis realizado por POLO RODRÍGUEZ en torno al absentismo del profesorado (1995: 506-18). Torres quiso dejar constancia del permiso solicitado a la Universidad en su *Romance*: «A la cátedra pedí/ su licencia, y diome grata/ una bendición de borla,/ con que llenase la panza».

visitar al Santo Apóstol hasta dieciocho de junio deste presente año de la fecha...¹⁹.

Sabemos, por lo ya señalado, que, por algún motivo que ignoramos, Torres alargó su ausencia hasta cinco meses, tres más de los concedidos, y que no está de vuelta en Salamanca al menos hasta la segunda quincena de septiembre. En cambio desconocemos cómo sería tomada en el Claustro esta dilación en su regreso, o, lo que parece más probable, si pidió que se le aumentase el tiempo del permiso. Sería como fuera, pero lo que sí es cierto es que no sería ésta la primera vez que el Piscator abandonaría su ciudad dorada para echarse por esos polvorientos caminos de rueda y herradura, abundantes en postas y mesones, bregando con los calores estivales y la fatiga causada por unas fuerzas mermadas ya por la edad, a fin de cumplir una promesa por una gracia recibida. El 3 de julio de 1746, tras una grave enfermedad, iniciada el 15 de abril del año antes, culminada el 20 de agosto con un ataque de apoplejía, y después de una interminable convalecencia, Torres inicia un peregrinaje a Guadalupe, según relata en su *Vida*:

Ya más robusto y con disposición para sufrir los caminos y mesones de España, empecé a pagar a Dios los votos y los prometimientos, con que procuré desde mi cama aplacar las suavidades de su justicia: y fue la primera visitar a su Madre Santísima de Guadalupe, adonde partí a pie desde mi casa el día veinte de junio de 1745, en cuyo devotísimo santuario estuve dichosamente detenido quince días, al fin de los cuales volví a Salamanca a cumplir otras deudas y obligaciones de mi oficio (181).

De la enfermedad y el viaje se dio primero cuenta en el pronóstico para 1747, *La gran casa de oficios de Nuestra Señora de Guadalupe*, dedicado al recién elevado al trono Fernando VI, en donde, además de contradecir esa fecha, que a la postre indicará en su *Vida*, de 20 de junio por 3 de julio, más acorde a la realidad

¹⁹ Cfr. GARCÍA BOIZA (1911: 164-65) y MERCADIER (1981: 108-9). Véase el apéndice III.

según la crítica moderna²⁰, se promete al lector más noticias del caso: «hice finalmente mi viaje (cuyas aventuras, como las de mi enfermedad daré en más hojas otro día al curioso lector). Noticias que desarrolla con toda prolijidad, sobre todo en lo que atañaba al desarrollo de su enfermedad, en el trozo quinto de su *Vida*.

Este segundo peregrinaje al santuario mariano no fue objeto poético: la materia lo imposibilitaba –se trataba de la devotísima imagen de una Virgen–, a la vez que lo aquietado de la edad tampoco lo requeriría. Digo lo imposibilitaba, porque en la mente de Torres, en lo que sabemos y nos muestra su obra, nunca estuvo el componer un romancero sagrado o al menos un *corpus* de poemas de carácter religioso, pues su ánimo se mostraba más comprometido con las fricciones del mundo y las debilidades temporales, o al menos esa fue la fama que quiso que perviviese al devenir de los tiempos²¹. Por otra parte, y es lo que me gustaría subrayar, el tema del viaje al santuario del Apóstol Santiago le ofrecía un ilimitado juego literario.

No era asunto nuevo para los lectores del Setecientos el encontrarse con el más variado género de escritos, que tenían como eje central el controvertido Camino de Santiago. Desde que surgió la invención de la leyenda del Apóstol en la primera

²⁰ Vid. GARCÍA BOIZA (1949: 104-8) y MERCADIER (1981: 136-7). El texto del pronóstico se reproduce en el apéndice IV. Recuérdese además que Torres había compuesto unas octavas *En elogio del Reverendísimo Padre, fray Francisco de San José, monje jerónimo, autor del libro de la Historia de nuestra señora de Guadalupe*.

²¹ No se me escapan glosas como la dedicada a la *Imagen de nuestra Señora de Atocha*; los gozos a María Santísima, o los varios versos sobre translaciones de imágenes de santos que surgen, en su mayor parte, en un contexto de certamen poético, y que, por lo mismo, hay que evaluar como el resultado de demostraciones, más o menos académicas, de ingenio, y no como objeto de fervor religioso. Un tanto de lo mismo se puede pensar de sus varios villancicos, que además de su raigambre popular, hemos de considerar como un ejercicio literario con el que Torres volvía a demostrar su gran capacidad poética. Ello no contradice el que Torres pueda desarrollar en determinado momento una veta de hagiógrafo, como hizo con su libro sobre la vida de la madre Gregoria de Santa Teresa, o posteriormente con la del clérigo reglar teatino, el padre Gerónimo Abarrategui y Figueroa (Salamanca: Antonio Villarroel y Torres, 1749).

mitad del siglo VIII, y tras un periodo de incipientes peregrinaciones, en su mayoría asturianas, y su posterior boga a fines del IX, la ruta compostelana se convierte en una de las más transitadas de la cristiandad, llegando incluso, en su época más dorada, a rivalizar con Roma. La difusión de la leyenda en sus varias versiones a través del *Liber Sancti Jacobi* o *Codice Calixtino* (c. 1139); la traducción romance de la *Historia compostelana* (principios del siglo XII), y la amplia divulgación de la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine, espolearon en gran medida este viaje santo, en el que los cristianos emulaban el peregrinaje físico con el inevitable paso purgativo por la tierra. Esa Vía láctea que conducía a tan renombrado santuario, adquirió unas dimensiones inimaginables, convirtiéndose en uno de los más asombrosos fenómenos de la civilización occidental: «Alrededor de la figura del peregrino fueron configurando los elementos de su salvaguardia jurídica, las instituciones que le dieron hospitalidad y la constelación de obras de arte que jalonaron aquella ruta de penitencia a través de Francia y de España»²².

Pero si hasta principios del siglo XVI, la ruta jacobea había gozado, por regla general, de una fama inusitada, la común aparición de una masa peregrina menos comprometida espiritualmente, más amiga del carácter festivo y folclórico de las peregrinaciones, comenzó a suscitar la hostilidad entre los humanistas contrarios a estas banalidades y enemigos de todo exceso, a la vez que dio pie a la intervención de los seguidores de la Reforma, quienes lo aprovechan para aguzar sus diatribas contra los usos de la Iglesia. Entre estas críticas, se puede resaltar el conocido coloquio de Erasmo, la *Peregrinatio religionis ergo* (1526), en donde Menedemo y Ogigio dialogan en torno a la decadencia de Compostela, que ve como poco a poco disminuye su vitalidad espiritual, según se reflejaba en la reducción del número de ofrendas; lo que no sería más que la punta de un iceberg que afloraría con toda su plenitud en la centuria siguiente, acuciada por la aparición de nuevas devociones²³.

²² Son palabras extraídas de la presentación española del libro, ya clásico, de BOTTINEAU (1995), que ofrece un claro panorama del Camino de Santiago. Junto a éste, puede consultarse una de las últimas revisiones sobre su época álgida en plena edad media, en el libro de ensayos editado por DUNN & DAVIDSON (1996).

²³ «Nel corso del XVII secolo, il peregrinaggio a Santiago perde sempre più importanza e la devozione a san Giacomo come patrono della nazione

Paradójicamente, esa disminución en el fervor espiritual sería inversamente proporcional al número de peregrinos que se acercaban a Santiago entre los siglos XVII y XVIII, una gran parte de los cuales transitaban por su camino en busca de alimentos, acuciados por la necesidad de las crisis hambrunas que asolaban a Europa durante aquellos siglos. Los mendigos incorporaron una nueva clase social a la ruta compostelana, más cutre, sucia, ruidosa, festiva, pependenciera, y en suma tropel de pícaros, que so pretexto de ganar jubileo, se jubilaban de la vida honesta para entregarse a los placeres de un licencioso ejercicio nómada, según ha documentado últimamente con amplitud Arribas Briones (1999³).

No debe, pues, sorprendernos que, mientras continuaban las sempiternas polémicas en torno a los privilegios del jubileo²⁴, comience a aparecer una literatura en torno al peregrinaje bajo un capuz autobiográfico, real o ficticio, a fin de conferir mayor realismo al relato. Junto a los abundantes testimonios, manuscritos e impresos, extranjeros –italianos y franceses, especialmente²⁵, surgen textos en nuestro país, que si bien

viene ridimensionata per la presenza di numerosi nuovi santi venerati in tutta la Spagna» (Lavarini 1997: 404). Revítese además lo subrayado en los apartados *Le critiche degli umanisti e dei protestanti e la risposta della Chiesa* (1563), y *La Controriforma* (456-96), y el capítulo décimo, *La crisi del pellegrinatio*, (509 y ss). Vuélvase también sobre el trabajo de BOTTINEAU (1995: 43-52)

²⁴ Torres conservaba en su biblioteca particular un ejemplar del *Discurso Moral, defensa de los privilegios del jubileo del año santo Compostelano, especialmente de la facultad de commutar votos en virtud de el mismo jubileo. Y se desvanecen los fundamentos, con que pretendió hazer improbable dicha facultad un papel anónimo, esparcido por el mes de febrero de 1708* (Santiago: Imprenta de Aldemunde, 1708, BUS: Sgt. 3^a-40113, ejemplar en estado incompleto, falto de cuadernillos finales), emanado de la propia catedral gallega en dura réplica al escrito de un anónimo jesuita. Junto a la debatida controversia del culto del Apóstol, en la segunda mitad del siglo XVIII comienza a suscitarse el tema de los Dioscuros y el Santiago guerrero, que alcanza su momento más álgido en la obra del Duque de Arcos, *Representación contra el pretendido voto de Santiago que hace al Rey nuestro señor...*, (Madrid: Imprenta de Joaquín Ibarra, 1771), que CEPEDA ADÁN analizó hace algunos años (1964: 647-49).

²⁵ Algunos tan famosos como el de Domenico Laffi, *Viaggio in Ponente à S. Giacomo di Galitia e Finisterrae* (Bologna: Antonio Pisarri, 1673), que fue

habían tenido voz desde el Quinientos, como sucedía con el anónimo *Viaje a Turquía* (1557), novela dialogada atribuida a Cristóbal de Villalón, cuyo capítulo primero se dedicaba a “El peregrino en Santiago”²⁶, ahora, en pleno siglo ilustrado, adquirirían unas dimensiones inusitadas en lo que respecta a su grado paródico.

Frente a los que seguían debatiendo con crítica seriedad y erudición en contra de los muchos abusos y falsedades que rodeaban al mundo del peregrino, como hizo el fraile benedictino Benito Jerónimo Feijoo, que pergeñó un duro discurso en contra de las peregrinaciones sagradas y las romerías (1765), el Setecientos ofreció un excelente caldo de cultivo para la proliferación de escritores, más o menos hábiles, que relataban sin escrúpulos, e incluso con cierto alarde hipócrita, su recriminable viaje, como sucedía, entre otros, con el italiano Nicola Albani, que marchó en dos ocasiones a Santiago (1743 y 1745), dejando constancia manuscrita de lo que llamaba “política peregrinesca”²⁷. En este mismo ambiente, y pocos años antes, Torres recreará el *Romance* de su «indevota» peregrinación, según sus propias palabras.

Ya he señalado el contexto en el que surge este poema y las expectativas que le rodeaban. Su sentido será abordado más abajo. Ahora interesa detenerse un tanto en analizar, aunque sea superficialmente, su contenido, sobre todo en lo que atañe a las posibles fuentes o textos parejos, que pudo manejar durante su redacción. En primer lugar llama la atención los diferentes títulos que adopta en las obras que dedica a su peregrinación. En el

ampliamente reimpresso a lo largo del Seiscientos, trascendiendo a toda Europa. Véase el capítulo VIII, “La memoria peregrina. Relatos y recuerdos de la peregrinación”, del catálogo de la exposición *Santiago, Camino de Europa...* (1993: 443-70). También resulta útil volver sobre el repertorio compilado por VILLA-AMIL Y CASTRO (1875), especialmente los apartados dedicados a “Viajes e itinerarios” (52-9) y “Voto de Santiago y jubileo” (213-30).

²⁶ Puede leerse en la edición de GARCÍA SALINERO (1980: 99-112). Los dos siguientes capítulos de este coloquio erasmista –“Los hospitales de Juan de Voto a Dios” y “Las peregrinaciones”–, también abordan el problema de los viajes santos (113-128).

²⁷ Véase el artículo de CAUCCI VON SAUCKEN (1985), y las páginas que le dedica ARRIBAS BRIONES (1999³: 53-54)

pronóstico de 1738, habla de *La romería a Santiago*; en cambio, el *Romance* lo titula de dos formas: en la portada de la obra, *Peregrinación al glorioso Apóstol Santiago de Galicia*, frente al *Viaje de Torres a Santiago* con que encabeza su poema. Es decir, usa indistintamente y como homónimos “peregrinación”, “romería” y “viaje”. Algo que en principio no debe sorprendernos, pues el mismo *Diccionario de Autoridades* que se publicaba en Madrid el mismo año de 1737, en la imprenta de la Real Academia Española, daba las siguientes definiciones a estas voces:

Peregrinar: Se toma particularmente por ir en romería a algún Santuario por devoción u por voto. Lat. *Longinquum iter, in locum pium suscipere*.

Romería: El viaje o peregrinación que se hace por devoción a algún Santuario. Díjose así porque las principales se hacen a Roma.

En contra, algunos moralistas, como el ya mencionado Feijoo en su *Teatro crítico universal*, se veían obligados a marcar cierta diferencia entre las peregrinaciones y las romerías:

A dos especies podemos reducir las *Peregrinaciones sagradas* que están en uso. Las unas propiamente tales, que son las que se hacen a santuarios muy distantes, como las que todos los días están ejecutando bandadas de gente de otras naciones, especialmente de la francesa, a la ciudad de Santiago, con el motivo de adorar el cadáver del Santo Apóstol, que allí está sepultado. Las otras, son las que con voz vulgarizada llamamos *Romerías*, y tienen por término algún santuario, iglesia o ermita vecina, especialmente en algún día determinado del año, en que se hace la fiesta del santo titular de ella (118-19).

Pues con ello, podían dar rienda suelta a sus diatribas:

Pero el inconveniente que hay en esta especie de peregrinación es casi de ninguna monta, en comparación de los que se observan en la otra especie de las que llamamos *Romerías*. Con horror entra la pluma en esta materia. Sólo quien haya asistido alguna vez a aquellos concursos, dejará de ser testigo de las innumerables relajaciones que se comenten en ellos. Ya no se disfraza allí el vicio con capa de piedad; en su propio traje triunfa la disolución. Coloquios desenvueltos de uno a otro sexo, rencillas y borracheras

son el principio, medio y fin de las Romerías. Eso se hace, porque a eso se va (122).

Pero a Torres no le interesaba marcar tan sutil distinción, sino que se dejaba llevar por el mismo criterio que años antes había utilizado Pablo Mendoza de los Ríos, quien desde las primeras páginas de su *Teatro moral y político de la noble Academia compostelana* (Santiago, 1731), advertía al lector “En el prólogo o lo que fuere”:

También se halla hospedado en este libro un peregrino, que si hubiera llegado en cuaresma no anduviera más estaciones; y de todas las casas de esta portentosa máquina, nobilísimo orbe compostelano, sólo visita la Santa, y no me culpes penetrase tan pocas sendas, habiendo herido tan grandioso asunto, que yo no describo de Santiago lo que hay que admirar, sino lo que el peregrino acertó a ver.

Mendoza de los Ríos había fundado esta sociedad compostelana el 28 de enero de 1731 en compañía de ocho caballeros manteístas, profesores en leyes, de la universidad de Santiago, a la vez que se erigía como presidente de la misma²⁸. Lo más interesante de su declaración es su interés por mostrar sólo «lo que el peregrino acertó a ver». Es decir, ofrecer una relación verdadera de lo que el viajero, que recorría la ruta jacobea para cumplir votos o ganar el jubileo, podría encontrarse en su trayecto. Así, en el tratado II, “El peregrino en Santiago” (63-89), comienza hablando de la dureza del camino, que justifica los miserables trapos con los que los peregrinos llegaban a su ansiado destino, según describe con todo detalle, en pareados de metro irregular, en el poema liminar:

Preste Apolo su influjo para que entre lo burlesco del desaliñado peregrino, reflexione el prudente la más seria fatiga.

²⁸ Esta Academia tuvo una larga trayectoria, que llega hasta mediados del siglo XIX, con numerosas actividades de muy diversa índole. Sobre la misma, y especialmente en lo que se refiere a la obra de Mendoza de los Ríos, puede verse el trabajo de FILGUEIRA VALVERDE (1970: 195-203).

Tras el mismo, ofrece una detallada descripción artística y monumental de Santiago a modo de guía del peregrino, sin abandonar el tono burlesco que invade toda la obra. A nosotros nos interesa especialmente la tercera parte, el tratado tercero en que discurren las poesías a diversos asuntos dispuestos por la Academia. Y dentro de éstas, la más interesante, con mucho, es la que compone el mismo Mendoza de los Ríos, en la que relata su particular peregrinaje: «Dase principio a los asuntos burlescos, y cuenta el Presidente su viaje desde Madrid a Santiago en las siguientes décimas». A lo largo de diez décimas espinelas –estrofa que casa bien con la poesía humorística que se pretende desarrollar–, y con un estilo puramente quevedesco, se queja hiperbólicamente al inicio de los muchos sufrimientos que hubo de padecer antes de llegar a Santiago con tan sólo unos «calzones de un maragato» por atavío²⁹:

Érase un año fatal,
Érase un jamás comer,
Érase un todo llover,
Un diluvio universal;
Érase un mal y otro mal,
Érase un criado impío,
Una sincopal, un frío,
Un camino extraviado,
Un cierzo desesperado;
Érase un viaje mío.

Los poemas de Mendoza de los Ríos guardan especial interés en relación con el *Romance* de Torres. Existen entre ellos algunas concomitancias, que podemos observar enfrentando algunos versos:

²⁹ Tanto este poema como el más arriba citado pueden leerse en el Apéndice VI.

Mendoza de los Ríos

El sombrero, que de Frandes profana,
Algún día por lana,
Hubo de ir el cuitado,
Y hoy se viene de Francia trasquilado.

Eran ambas las niñas de sus ojos,
Para cuyos juguetes
Hecha la alforja armario de zoquetes,
Una y otra sabía
El pan nuestro, muy bien de cada día.

Torres Villarroel

Tenía un jergón, no bobo,
pues no se dormía en las pajas,
y un colchón, que trasquilado
volvió, cuando fue por lana.

Salieron a los atajos,
y aun en las encrucijadas,
mil pobres, que el Padre nuestro
por el pan nuestro empezaban.

También son reseñables algunas concurrencias temáticas, como la abundancia de piojos, pulgas y hambre, que en verdad no tienen por qué analizarse como el resultado de la relación de dependencia del segundo hacia el primero –recuérdese que la obra de Mendoza de los Ríos se publicada seis años antes–, sino que podemos fácilmente achacar a una poligénesis de tópicos, que tiende a confluír en este tipo de poemas. Poco más se puede extractar de las posibles conexiones entre ambos a partir de su cotejo interno. Pero sí, en contra, habremos de sacar partido, si tenemos en cuenta los pocos datos biográficos que conocemos de Mendoza de los Ríos. De las tres obras que conservamos de este autor, en la segunda, atendiendo a su fecha de impresión, se indica desde el título su profesión: *Carnestolendas y primera corrida de toros en Salamanca de este año de 1729. Su autor don Pablo Mendoza de los Ríos, profesor de letras humanas en esta Universidad, quien las consagra al phénix de su estimación el señor don Lope de los Ríos y Morales, dignísimo rector de su Colegio Mayor de Cuenca de dicha Universidad*³⁰. Es decir, por aquella época era miembro

³⁰ Aunque no lleva indicaciones tipográficas, hemos de suponerla publicada en la ciudad del Tormes ese mismo año de 1729, o a más tardar al año siguiente. Su descripción puede verse en AGUILAR PIÑAL (1989, V: n.º. 4684; 4683 para su primera obra impresa, su *Purgatorio de poetas y gloria de bobos* [Valladolid: Francisco de Riego, 1728], y 4685 para el *Theatro moral y político de la Noble Academia Compostelana*). Véase además RODRÍGUEZ DE LA FLOR (1999: 368, n.9) En este momento me encuentro realizando una edición de este raro opúsculo de fiestas salmantinas.

docente del Estudio salmantino, donde, sin lugar a dudas, y teniendo en cuenta sus dotes poéticas, conoció a Torres³¹. Amigos o no, lo que parece claro es que el Gran Piscator salmantino bien pudo manejar un ejemplar del *Teatro moral y político de la noble Academia compostelana*, dado que se trataba de la declaración de principios de esta recién creada institución, que a la postre mantendría una vital existencia con convocatorias de certámenes y justas poéticas, tan al gusto de nuestro polígrafo. Pero además no hay que perder de vista que durante su estancia en Santiago, y metido en ambientes de cierto prestigio cultural, no debió pasarle inadvertida esta obra, que seguramente por aquel año de 1737 todavía daba que hablar.

Probado, pues, salvo un lógico margen de error, que Torres conoció el libro de Mendoza de los Ríos, resulta fácil contextualizar su *Romance* dentro de un marco literario que no sólo había sido sembrado con amplitud en la centurias precedentes, sino que cercanamente había dado un notable fruto. Pero, como era marca habitual de nuestro autor, su poema supera con creces cualquier posible modelo anterior.

Una última consideración. Conservamos, pues su fijación impresa lo ha permitido, las referencias de la peregrinación de Torres a través de tres testimonios: el *Pronóstico* de 1738, el *Romance* y su *Vida*. Por ésta última conocemos que su promesa fue la más indignamente cumplida, pues en vez de recogerse en devoto retiro aprovechó el viaje para «estar ocupado con los deleites, las visitas y los concursos», que le ofrecían las múltiples personas con las que se encontraba durante su trayecto, tras conocer la identidad del Piscator. Pero, sin lugar a dudas, fue en Santiago y en La Coruña en donde recibió una acogida más calurosa: allí mereció «ser huésped de las primeras personas de distinción, agasajándome en sus casas con las diversiones, los regalos y los cariños». Tales muestras de afecto podrían haberle

³¹ Recuérdesse que un año antes Torres había publicado anónimamente unas *Reglas para torear i arte de todas suertes...* –Impreso en Madrid y por su original (con licencia) en Sevilla, en la imprenta castellana y latina de Manuel Caballero, s. a. pero ¿1726?–, cuya paternidad fue declarada por un sobrino (Vid. PALAU, n.º. 337581). Años más tarde, esta vez bajo el pseudónimo de Juan Francisco Portillejo, Torres imprime *La insigne fiesta de toros de la Plaza Mayor de Madrid...* (Madrid: Gabriel Ramírez, s. a. pero ¿1761?).

reportado pingües beneficios, sobre todo entre el gremio de los médicos, pero su honradez consideraba que «era infamia hacer comercio con mis embustes y sus sencilleces, no teniendo necesidad ni otro motivo disculpable»:

... aquí sólo expreso que sin duda alguna hubiera vuelto rico a Castilla, si hubiese dejado entrar en mi desinterés un poco de codicia o un disimulo con manos de aceptación; porque, con el motivo de concurrir a la mesa del ilustrísimo arzobispo de Santiago, el señor Yermo, el médico de aquel cabildo, don Tomás de Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia y honradez, hablaba de mí en todos los concursos (claro está que por honrarme) con singularísimas expresiones de estimación hacia mi persona y mis bachillerías (128-29)

Pues bien, nos interesa este episodio porque hace algunos años Bouza Brey (1969: 441-42) exhumó una de las muchas anécdotas que debieron surgir durante la estancia de Torres en Santiago, en la que una vez más se evidencia la agudeza de ingenio del salmantino:

Comiendo con el Sr. Arzobispo D. Diego de Torres (que vino de peregrinación a Santiago) le dijo a su Ilustrísima que dijese algo a D. Thomás su médico y de la Ciudad y Cabildo: y era uno de los que asistían a la mesa convidado. Y respondió D. Diego de repente con esta décima:

Con la Santa bendición,
que a Vuesa Señoría he merecido,
todo el fin he conseguido
de mi peregrinación.
Conseguí la Absolución,
lo que no creí jamás.
Y para lograr lo más,
que es el Cielo, en que me fundo,
sólo resta que del mundo
me despache Don Thomás³².

³² La anécdota se encuentra consignada por partida doble en sendos manuscritos de la Biblioteca universitaria de Santiago; en uno de ellos, que

SENTIDO Y SIN-SENTIDO DE LA PEREGRINACIÓN AL GLORIOSO APÓSTOL SANTIAGO

Más de mil versos, y bajo la popular forma del romance, le fueron precisos a Torres para ofrecer al lector «... los ápices, circunstancias,/ dónde, por qué, cómo y cuándo/ del cuento...». Consigue, en verdad, su propósito: entre la jocosidad de los temas tratados, con un continuo e inagotable juego de palabras, y, sobre todo, con Quevedo sobre la mesa³³, va describiendo su peculiar trayecto, hasta que al fin llega a Santiago y cumple su voto. La narración resulta desigual, pues se dedica mayor extensión a cantar su incursión por tierras portuguesas, que a relatar su viaje a través de Galicia. Pero en ambos casos la miseria y la incultura se erigen como temas centrales del discurso. Para ser realista ni sus apreciaciones sobre la zona portuguesa de Tras-os-montes, ni sus razonamientos sobre los alrededores de la frontera gallega, benefician a las gentes de ambas zonas, que son pintadas con abundante chanza, incluso a veces con hiriente burla. Tan sólo se salvan de la purga el obispo de Tui, don Fernando Arango, «pastor fiel de ovejas tantas», y el

presenta una laguna en el verso, bajo el título: *Sátira en verso que Torres, Catedrático de Salamanca, compusso a don Thomás Velasco, Médico de la Ciudad de Santiago, comiendo ambos a la mesa con el Sr. Arzobispo, año de ¿1791?* El interrogante del año fue marcado por el que realizó la transcripción del texto, que el propio BOUZA BREY indica como imposible dado que Torres ya había fallecido en 1758, aunque tampoco acierta en su conjetura, puesto que cree que el peregrinaje se realizó en 1751. Por otra parte, el último verso, «me despache Don Thomás» incide, como otras tantas declaraciones suyas, en la abierta crítica hacia el ejercicio médico de su época, que hace años estudió con profusión de detalles SÁNCHEZ GRANJEL (1952: 29-34).

³³ Además del estilo, recuérdense aquellas últimas cuartetas del romance satírico *Despídese de penitente y disciplinante*, en donde se hace explícita mención a Santiago: «A Santiago de Galicia/ me parece su aposento,/ donde viene todo el mundo/ en figura de romero// Parece una montería/ su calle en anocheciendo,/ pues ladran, laten y silban/ para hacer seña al terrero». Cito por la edición de BLECUA (1979, II: 419).

arzobispo de Santiago, el señor Yermo. Todo ello bajo el más puro estilo de tan singular escritor.

Ahora bien, cabe preguntarse por el interés y el sentido de este poema para la sociedad de la primera mitad del siglo XVIII. Ya se ha adelantado algo al respecto. El estudio de la difusión impresa del *Romance* nos ha aportado un valioso testimonio, objetivo por sus datos, sobre su amplia divulgación, y, por lo mismo, su buena acogida. Junto a ésta, puede ponerse como cuestión sintomática el hecho que este poema se dedica nada más y nada menos que a un obispo, don fray Agustín de Eura, de quien no sólo debe preocuparnos su dignidad eclesiástica, sino que además no debemos ignorar que presidía la silla de la diócesis de Orense. Resulta fácil imaginar que no hubiera sido aceptada la dedicatoria de ninguna obra que expeliera el más mínimo tufillo de dudosa moralidad o que fuera tenida como una crítica chabacana para la naturaleza de sus conciudadanos. A ello hay que sumar el visto bueno de la censura: «... no encuentro cosa que se oponga a Nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni pragmáticas de su majestad...».

Si así era juzgada por la autoridad competente, que se erigía como veladora de la salud religiosa y moral de la España del momento, por su parte, el propio Torres Villarroel había puesto en marcha su perfecta máquina de propaganda: la iniciaba en su *Pronóstico*, y más tarde en su *Vida*, en donde se menciona este *Romance*, recomendando su lectura a todo aquél que quisiera tener noticia más detallada de su peregrinaje. Pero además, aprovechaba el relato de su *Vida* para suscitar, como le era habitual, cierta polémica en torno a su comportamiento, en este caso al poner en tela de juicio la actitud adoptada en la satisfacción de su voto, de ir a pie a visitar el templo del Apóstol Santiago: «... el más indignamente cumplido». Lo que se corroboraba allegándose a las páginas de los relatos sobre su viaje, en donde no se realiza la más mínima mención a su visita al santo sepulcro del Apóstol. “A río revuelto, ganancia de pescadores”: Torres obtenía, como ya se ha señalado, un alto rendimiento económico con obras que, como este *Romance*, ofrecían a los lectores una visión jocosa y sorprendente de sus más íntimos avatares. Éste, en mi opinión, era parte del sentido de la escritura y publicación de su viaje.

Ahora bien, el sin-sentido surge algunos años más tarde, en el seno del Claustro salmantino, entre los numerosos

argumentos que la Universidad del Tormes saca a colación en un copioso *Informe* que presenta ante el Consejo de Castilla (22 de julio de 1758). En él se ofrece respuesta a un *Memorial* que los catedráticos de matemáticas, don Diego de Torres Villarroel y don Isidoro Ruiz, habían remitido al rey pocos meses antes. Los reparos del teólogo, el padre Manuel Bernardo de Ribera, a la traducción del libro *De l'usage des globes* del francés Gilles Robert de Vaugondi, realizada por ambos catedráticos según encargo del Estudio, así como el dictamen negativo a la proyectada creación de una nueva Academia de Matemáticas, suscitó la acalorada intervención de ambos docentes, que no dudaron en elevar sus quejas al monarca. Su *Memorial* considerado injurioso por el Claustro, fue aprovechado por algunas voces anónimas para poner en entredicho la autoría de algunos libros del Piscator, según se recogía en el *Informe*:

La voz, que dice haberse oído en el Claustro, no dijo que las *Obras de Torres* no eran suyas; que esto fuera una implicación manifiesta, porque ¿cómo no han de ser suyas, si son de Torres? Lo que dijo fue, que muchas de las obras que andan con nombre de Torres, no son suyas. Puso por exemplo el *Viage a Santiago*, cuyo autor verdadero vive aún en Salamanca, y depondrá siempre que se le pregunte, que no sólo ésa, sino también otras son composiciones suyas, sin que D. Diego de Torres haya puesto en ellas más que su nombre³⁴.

La situación la pintaban calva, y los enemigos, ciertamente no pocos, de Torres no debían dejar escapar la oportunidad para lanzar sus aguzadas lenguas en su contra³⁵. El problema radica

³⁴ Este *Informe* impreso que se conserva junto a otros documentos sobre este conflicto en el manuscrito 387 de la BUS, pág. 25 (para su descripción véase LILAO FRANCA & CASTRILLO GONZÁLEZ 1997: 279), fue reproducido en facsímil por MERCADIER en su apéndice documental (1981: 375-401). GARCÍA BOIZA analizó todo el proceso en detalle, documentándolo con un sistemático vaciado de los libros de claustros (1949: 139-75), que amplió MERCADIER (1981: 147-75).

³⁵ Apenas seis años antes Torres había conseguido compilar todas sus escritos en una obra de 14 volúmenes (Salamanca: Antonio Villagordo y Pedro Ortiz Gómez, 1751-52), que se puso a la venta a través de un prospecto de suscripción que, paradójicamente, nunca fue suscrito por parte de la biblioteca de la universidad salmantina.

en dilucidar si las acusaciones eran ciertas o si se trataba tan sólo de falsos testimonios, de quienes deseaban ensombrecer el ganado prestigio de nuestro polígrafo. No es cuestión baladí, y por el momento, con los datos que poseemos, no tiene respuesta³⁶. Con todo, tal vez podamos ver cierta luz en las declaraciones que poco después de su muerte, en el transcurso del sermón que se predicó por sus solemnes honras en la capilla de San Jerónimo de la Universidad (1774), realiza el padre mercedario Faylde González:

... Había emprendido devotas romerías a los Santuarios más célebres del Reino, para satisfacer sus culpas y jubileos; y después de todo esto, no cesaba en su penitencia llorando sus culpas continuamente. ¡Oh, si acertara yo ahora a proponeros su fervor y devoción en una de estas peregrinaciones! Hablo de la que emprendió al apostólico, augusto templo de nuestro Ilustrísimo grande Patrón el Apóstol Santiago. Allí era el verle abrazado y asido de la Sagrada Imagen del Apóstol, como de un áncora, que le había de conducir seguramente al puerto de su felicidad. ¿Con qué fe, con qué confianza no imploraba su favor y su mediación para con Dios? Refiriendo este viaje el mismo don Diego de Torres, confiesa que le parece fue la única cosa buena que emprendió en toda su vida [...] Por eso, aunque don Diego de Torres procuró con mucho cuidado deslucir otras obras suyas, ésta de la *Peregrinación a Santiago*, la

³⁶ Algunas discordancias que se observan entre los diferentes relatos de la peregrinación, podrían dar que pensar acerca de este problema de la autoría. Es el caso, por ejemplo, de lo que se dice respecto a la compañía que lleva Torres en su viaje. Así, en el *Romance* se indica: «Quiso Dios se me juntasen/ tres leales camaradas,/ de éstos con quien se sosiega/ aquello mismo que cansa.// Gente moza y apacible,/ de ésta, que en donaire y gracia/ más buen humor restablece,/ cuando más buen humor gasta.// Con que imprimiendo los tres/ las suyas en pisadas/ en el polvo cada huella/ era del cariño estampa.// Pues, como suelen decir,/ los cuatro en amor compañía,/ todo cuanto pisan, copian,/ y cuanto prensan, retratan». Mientras que en la *Vida*, señala: «Acompañábame don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme a mi ingenio, muy semejante a mis ideas y muy parcial con mis inclinaciones; [...] Detrás de nosotros seguían cuatro criados, con cuatro caballos del diestro y un macho, donde venían los repuestos de la cama y la comida» (127).

refiere y la alaba por promover tal vez la devoción a aquel Santuario...³⁷.

Sorprenden en efecto las apreciaciones de este fraile, sobre todo porque nos muestran la otra cara de la moneda: el devoto viaje de Torres, del que no sólo no poseíamos noticia, sino del que su autor se había esforzado por silenciar. Y, aunque ciertamente no debió de leer el romance de la *Peregrinación a Santiago*, cuya referencia tomó con seguridad de la *Vida*, sus palabras guardan sentido dentro del aspecto menos conocido del *Piscator*, sus “verdaderas” inclinaciones. De ellas nos habla en el Prólogo al lector de su *Vida de la madre Gregoria...*, obra que, como se ha dicho, concluye durante su peregrinaje:

El que lo ha escrito es un hombre a quien con alguna razón has acusado de festivo, y aún imaginabas inútil para la escritura de las moralidades estrechas. Yo no puedo negar la frecuente porfía de mis chanzas, ni la disolución de mis voces, que andan en el público sonrojándome el genio y el ingenio, pero cree que en ellas ha tenido más parte el depravado apetito del mundo y la desesperación de mi pobreza, que los movimientos de mi gusto y mi natural. En los años de mozo sentí sobrada melancolía en mis venas, y oportuna pesadumbre en mis humores, para elegir y detenerme en los asuntos majestuosos, y severos, pero el temor de que habías de recibir con desconfianza mis gravidades (no mezclando con ellas alguna ligereza festiva), me hizo violentar tantas veces el genio. Desde

³⁷ El texto íntegro puede verse en el Apéndice V. G. LOUREIRO (1998: 181-82) nos promete la edición íntegra de este sermón, cuyo primer análisis fue realizado hace algunos años por PLACER (1964: 91-8). Su descripción pormenorizada en MARTÍN ABAD (1982: 166-67, n.º. 282). GARCÍA BOIZA (1949: 87, n.1), tras poner en duda la autoría del poema –«Este viaje está relatado en un romance jocoso de dudosa autenticidad»–, llamaba la atención sobre lo incomprensible de las afirmaciones de este padre mercedario: «No nos explicamos cómo el P. Faylde diga, inspirándose en las palabras que Torres dedica en su *Vida* a esta peregrinación, “que procurando deslucir sus propias obras, ésta de la peregrinación a Santiago la refiere, y la alaba por promover tal vez la devoción a aquel Santuario”». Parece poco probable que el *Romance* pueda incitar a devoción alguna, pero no deja de sorprender el que, pese a su jocoso tono, sea admitido por un obispo, como el de Orense, o se integre la figura de otros dos notables miembros eclesiásticos, sin que medie detrimento alguno para su persona o para el voto del peregrinaje.

este Tomo puedes empezar a hacer un juicio de mi estudio, de mi alma, y de mi inclinación, porque lo escribí sin tiranizar mis talentos, y ya más libre y desahogado de las adulaciones a la necesidad, y de los respetos y antojos del siglo. Olvida mis anteriores burlas, lee estas verdades, y si te agrada su asunto y mi locución, procedamos en paz con nuestras tareas, tú leyéndolas con más deleite y más provecho, y yo dictándolas con mejor esperanza y menos violencia³⁸.

Hace años que la crítica moderna viene reivindicando las muchas contradicciones y el dualismo de Torres como el resultado de un intento de aliviar su angustia vital. Incluso no ha faltado quien compara su actitud con la de otro agónico español, don Miguel de Unamuno³⁹, Lo cierto es que todavía no existe respuesta satisfactoria que explique cuál era el verdadero sentir de este autor. A lo mejor la solución no radica tanto en averiguar cuál de las dos actitudes planteadas debemos considerar como la definitoria de su personalidad, como en el hecho de que es precisamente la paradójica combinación de ambas la que explica las numerosas distorsiones que se observan en su vida y en su obra. Paradoja que el propio Torres quiso mantener vigente hasta los últimos días de su existencia, como testimonio fiel de la decadencia barroca que todavía asomaba en el Setecientos. «El siglo en que estamos es burlesco, y si no lo es para todos, lo es para mí», subraya el Piscator en el Prólogo del *Romance*, evidenciando un sentido de fuga de la realidad social que le tocó vivir, en la que, como él, muy pocas personas alcanzaban a encontrar el lugar donde desarrollar con plena libertad su potencial intelectual.

No conviene discurrir más en el análisis de este poema, que de por sí requiere mucho más espacio del que en este momento se le concede. Valgan estas notas como aproximación contextualizada, y dejémonos llevar por sus versos. Tan sólo me gustaría, como remate que viene bien para la materia que tratamos, traer a colación una de las reflexiones que Torres

³⁸ Cito por el volumen XI, de sus obras completas en la edición salmantina de 1752, pág. 13.

³⁹ SEBOLD (1975: 135 y ss.). Ténganse además en cuenta los artículos de GÓMEZ GARCÍA (1996: 477-484), y PÉREZ LÓPEZ (1998: 33-5 especialmente).

realiza en el Prólogo general a la edición de sus obras completas, en donde se nos ofrece una buena disertación en torno a las limitaciones de todo libro

El libro alegre es enfadoso a los tristes, el serio a los festivos, el grave a los ligeros, y en un mismo plato no se puede servir un manjar tan oportuno, en que aun mismo tiempo se ceben con apetito la alegría, la tristeza, la pesadez, y la agilidad, las risas y las lágrimas, los enfados y las circunspecciones.

Velaviejo, agosto de 1999

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Tanto en la edición del romance del *Viaje de Torres a Santiago*, como en la de los textos que se incluyen en los Apéndices, he considerado oportuno modernizar las grafías antiguas; sí he conservado, en cambio, algunos vocablos arcaicos, como *proprio*, todavía recogidos en el DRAE, o las contracciones de partículas conectivas con artículos, adjetivos o pronombres, del tipo, *dél, desto, dello, aquesto*. Huelga decir que puntuamos, acentuamos y hacemos uso de mayúsculas según las normas actuales.

Para la edición del Romance, he tomado como punto de partida la edición *princeps* (Salamanca, 1737), en concreto el ejemplar custodiado en la British Library [Sgt.: 11451.a.42 (4)], aunque he corregido las muchas erratas que posee, sin dejar constancia alguna en el texto, teniendo a la vista la segunda edición, Sevilla: Diego López de Haro, ¿1739?, conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid [Sgt.: VE-1193 (12)]. De igual forma me han resultado útiles las versiones que se incorporaron en las obras completas, tomo VIII de la edición de Salamanca: Antonio José Villagordo y Alcaraz, 1752, págs. 58-77; y, sobre todo, el volumen IX de la edición de Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1795, págs. 194-231 [Ambos ejemplares de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, sgt.: 33442 y 21925 respectivamente]. Se ha consultado asimismo la edición no venal de Navarro (1971), publicada con motivo de la primera Feria Nacional del Libro en Salamanca, en la que no se reproduce ni la dedicatoria ni el prólogo en prosa.

Por lo que respecta a los Apéndices, el primero (un extracto sobre el *Cuarto trozo de la Vida de don Diego de Torres*) sigue la edición de Onís (1964: 127-30); el segundo (el *Pronóstico*

para el año 1738), toma como base la edición príncipe, Salamanca, 1737, que posee la Biblioteca Nacional de Madrid [Sgt.: V.E. Caja 318 (23)]; el tercero (la autorización que el Claustro de Diputados de la Universidad de Salamanca otorga a Torres) se edita según la versión de García Boiza (1911: 164-65); el cuarto (el *Pronóstico que sirvió el año 1747*) sigue la edición incluida en el tomo X de las obras completas (Salamanca: Imprenta de Pedro Ortiz, 1752), ej. de la Biblioteca Universitaria de Salamanca [sgt. 33444]; el quinto (la *Oración fúnebre del Padre Faylde*) se edita siguiendo el raro ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid [sgt. VE Caja 344 (35)]; el sexto y último (*El peregrino en Santiago*, de Pablo Mendoza de los Ríos) sigue el texto del ejemplar que perteneció a la librería de los Padres Trinitarios Descalzos de Madrid, hoy día en la Biblioteca Nacional de Madrid [sgt. 3-40999].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUILAR PIÑAL (1981-1995). Francisco, *Bibliografía de Autores Españoles del Siglo XVIII*, Madrid: CSIC [8 volúmenes].

ANÓNIMO (1980). *Viaje de Turquía*, ed. de Fernando GARCÍA SALINERO, Madrid: Cátedra (Colección Letras Hispánicas, nº 116).

ARRIBAS BRIONES, Pablo (1999³). *Pícaros y picaresca en el Camino de Santiago*, Burgos: Librería Berceo.

BOTTINEAU, Yves (1965). *El camino de Santiago*, trad. José Miguel Ruiz Morales, Barcelona: Aymá Editora.

BOUZA BREY, Fermín (1949). «Don Diego de Torres Villarroel, peregrino en Compostela», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, págs. 441-42.

CAUCCI VON SAUCKEN, Paolo (1985). «Una nuova acquisizione per la letteratura di pellegrinaggio: Il viaggio da Napoli a San Giacomo di Niccola Albani», in *Atti del Convegno Internazionale di Studi*, Perugia, págs. 377-427.

CEPEDA ADÁN, José (1964). «Los Dioscuros y Santiago en el siglo XVIII, la *Representación* del Duque de Arcos», *Anuario de Estudios Medievales*, I, págs. 647-49.

Diccionario de Autoridades (1737). Madrid: Imprenta del a Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro. (Edición facsímil, Madrid: Gredos, 1979, [3 vols.]).

FEIJOO Y MONTENEGRO, Benito Gerónimo (1765). *Theatro Crítico Universal o Discursos varios en todo género de materias, para*

desengaños de errores comunes, escrito por..., Madrid: Antonio Pérez de Soto [8 tomos].

FILGUEIRA VALVERDE, José (1970). *Historias de Compostela, Santiago de Compostela: Bibliófilos gallegos (Biblioteca de Galicia, XII)*.

GARCÍA BOIZA, Antonio (1911). *Ensayo biográfico de Don Diego Torres*, Salamanca: Imprenta Calatrava.

----- (1918). «Nuevos datos sobre Torres Villarroel», *Basílica Teresiana*, IV, págs. 15-21 y 33-37.

----- (1949). *Don Diego de Torres Villarroel*, Madrid: Editora Nacional (Colección: Breviarios de la vida española) [Reproduce lo mismo que el trabajo de 1911, pero sin los apéndices].

GÓMEZ GARCÍA, María Nieves (1996). «El salmantino Diego de Torres Villarroel o las contradicciones de un catedrático del siglo XVIII», en *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, coord. por Joaquín Álvarez Barrientos y José Checa Beltrán, Madrid: CSIC, págs. 477-485.

LAVARINI, Roberto (1997). *Il pellegrinaggio cristiano, dalle sue origini al turismo religioso del XX secolo*, Genova: Casa Editrice Marietti (Marietti 1820).

LILAO FRANCA, Óscar & CASTRILLO GONZÁLEZ, Carmen (1997). *Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, I (Manuscritos 1-1679bis)*, Salamanca: Universidad.

LLOPIS, Salvador (1965). *Por Salamanca también pasa el camino de Santiago*, Salamanca: Gráficas Cervantes.

LOUREIRO, Angel G. (1998). «La vida de Torres Villarroel, la oración fúnebre y la ley», en *Revisión de Torres Villarroel...*, págs. 173-191.

MARTÍN ABAD, Julián (1982). *Contribución a la bibliografía salmantina del siglo XVIII: la Oratoria Sagrada*, Salamanca: Universidad.

MERCADIER, Guy (1976). *Diego de Torres Villarroel. Masques et miroirs*, Thèse de Doctorat d'État, París: Université de la Sorbonne.

----- (1978). *Textos autobiográficos de Diego de Torres Villarroel*, Oviedo: Cátedra Feijoo-Facultad de Filosofía y Letras [Col. Textos y Estudios del Siglo XVIII, nº 8].

----- (1981). *Diego de Torres Villarroel. Masques et miroirs*, Thèse de Doctorat d'État, París: Editions Hispaniques [Reproduce lo mismo que 1976].

----- (1982). «El destierro de Diego de Torres Villarroel en Portugal: dos memoriales inéditos», en *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, Salamanca: Universidad, págs. 269-279.

PALAU Y DULCET, Antonio (1948-1977). *Manual del librero hispano-americano*, Barcelona: Librería Anticuaria de Antonio Palau (28 volúmenes).

PÉREZ LÓPEZ, Manuel M^a (1998). «Para una revisión de Torres Villarroel», en *Revisión de Torres...*, Salamanca: Universidad, págs. 13-35.

The Pilgrame to Compostela in the Middle Ages. A book of Essays (1996). Edited by Maryjane Dunn & Linda Kay Davidson, New York-London: Garland Publishing Inc.

PLACER, P. Gurmensindo (1964). «Honras fúnebres de Torres y Villarroel», *Estudios*, 20 (Enero-marzo), págs. 91-98.

POLO RODRÍGUEZ, Juan Luis (1995). *La universidad salmantina del antiguo régimen (1700-1750)*, Salamanca: Universidad.

QUEVEDO, Francisco de (1970), *Obras poética*, ed. José Manuel Blecua, Madrid: Castalia [3 volúmenes].

Revisión de Torres Villarroel (1998). Eds. Manuel M^a PÉREZ LÓPEZ & Emilio MARTÍNEZ MATA, Salamanca: Universidad.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando (1999). *La península metafísica. Arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma*, Madrid: Biblioteca Nueva (Colección Metròpoli, nº 7).

SÁNCHEZ GRANJEL, Luis (1952). *La medicina y los médicos en las obras de Torres Villarroel*, Salamanca: Acta Salmanticensia–Medicina, tomo I, nº 6.

Santiago, Camino de Europa. Culto y Cultura en la peregrinación a compostela (1993). Santiago: Xunta de Galicia-Fundación Caja Madrid-Arzobispado de Santiago de Compostela.

SEBOLD, Russell P. (1975). *Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel*, Barcelona: Ariel.

TORRES VILLARROEL, Diego de (1964). *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del Doctor don Diego de Torres Villarroel, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, escrita por el mismo*, ed. Federico DE ONÍS, Madrid: Espasa Calpe, 1964 [Col. Clásicos Castellanos, nº 7].

----- (1971). *Viaje a Santiago y otros romances en estilo aldeano*, ed. de Alberto NAVARRO, Salamanca: Caja de Ahorros de Salamanca, 1971.

VALERO GARCÍA, Pilar & PÉREZ MARTÍN, Manuel (1991). *Constituciones de Martín V*, Salamanca: Universidad [Acta Salmanticensia. Estudio General, nº 7].

VILLA-AMIL Y CASTRO, José (1875). *Ensayo de un catálogo sistemático y crítico de algunos libros, folletos y papeles, así impresos como manuscritos que tratan en particular de Galicia*, Madrid: Imprenta de T. Fortanet.

 PEREGRINACIÓN

AL GLORIOSO APÓSTOL

SANTIAGO

DE GALICIA,

POR EL DOCTOR DON DIEGO DE TORRES Y
VILLARROEL,

del Gremio y Claustro de la Universidad de Salamanca y su
Catedrático de Matemáticas, et cætera.

DEDICADA

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fray Agustín de Eura,
Obispo de Orense, del Consejo de su Majestad, et cætera.

Las licencias y aprobaciones de este Romance
están incluidas en el Pronóstico



Impreso en Salamanca. Año de 1737

Al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor
Don Fray Agustín de Eura,
Obispo de Orense, et cætera

Peregrino en Santiago, si no en Jerusalén, reduje a números los pasos de mis jornadas, que es propio de los peregrinos aliviar la fatiga de las leguas con los pasos de garganta, y suavizar con el de la voz el canto, que es tropiezo de el pie. Pinto en Galicia algunas circunstancias naturales del país, en que no es fácil que el arte enmiende a la naturaleza; en otras me aparto de la realidad por parecer en algo poeta, en quien es el fingir, sobre el precepto primor: pero todo se dirige a una diversión jocosa, que solicita el acierto del halago, sin el blanco de la ofensa, y quisiera se me penetrara lo que digo en todo lo que callo, pues campo había descubierto para duplicados romances. Aquel pedazo de tierra que Vuesa Señoría Ilustrísima va a esclarecer como astro del cielo, quedará ennoblecido y fecundizado con el glorioso riego de sus virtudes, pues la dulce corriente de su piedad, modestia, gratitud y religión será el Eufrates, Tigris, Nilo y Ganges, que fertilicen paraíso aquel hermoso campo, fluyendo sus riscos, como en la de promisión, candores de leche y dulzuras de miel, y a rayos de tanto sol será todo su terreno Orense mineral. Mi suma veneración a las amabilísimas prendas de Vuesa Señoría Ilustrísima y a la águila reina del ingenio, gloriosa madre de tan generoso hijo, es nueva estrella para mí, que no sólo me inclina, pero me fuerza a dedicar a Vuesa Señoría Ilustrísima estos poéticos rasgos, si por mí borrones, ya por su dueño doradas líneas, pues cuanto por mí se dedica, por Vuesa Señoría Ilustrísima se consagra; de su aceptación pende mi vanidad, y en su gracia está mi gloria, de la que, coronado por eternidades, goce Vuestra Señoría Ilustrísima en el cielo la mitra vuelta en diadema.

De esta Vuestra Señoría Ilustrísima. Salamanca y noviembre 20 de 1737.

B. L. P. de V. S. Ilma., su rendido siervo,
el doctor don Diego de Torres y Villarroel.

Crítica, Prólogo o lo que mandaren

Yo, el dicho Torres (y allá se las campeen), hablando alto y escribiendo por tierra, saco por esdrújulos estos escarabajos poéticos; y los saco entre dos luces, porque no piquen las moscas. Yo me los he de criticar, porque no quiero que nadie se meta con ellos ni conmigo: afuera Gracianes, que para censurarme a mí y a mis obras, ninguno sabe tanto como yo. Este viaje, que escribo, está cojo, zurdo, calvo, potroso, corcovado y tuerto, con que entro con mal pie, peor mano, chino, quebrado, a bulto, y de mal ojo. Está escrito con versos de andadura y coplas de paso castellano: unas veces al trote, y otras galopando. Los defectos se conocen a la legua, bien que todas las coplas son a un andar y por un mismo camino. Algunas por el asunto no se han puesto en limpio y van en borrador, con que componen un Romance en todo pedorrero, que es preciso leerle con la mano en la nariz, para que sepa la corte que en eso de mareas no las tiene todas consigo. Cada verso dice de qué pie cojea: las coplas no han de menester censura, porque cualquiera de ellas es una excomunión. Todo es disparo y nada es acierto, y aun yo no las distingo, porque las equivoco. Voy despacio en mi viaje, por ir a paso que dure, y porque es menester referirle por mis pasos contados, aunque en algunas partes me detengo tan poco, que de paso lo advierto, que esto consistía en lo sólido, y en lo líquido de mi estómago. Éste, es cierto, que es un Romance para niños, porque es cosa de andadores, y a eso huele, porque tiene mucho de lo que los niños piden, y no es la mama. Por sus vueltas se le parece al día de San Antón, y por lo que gruñe a su peana. No ha podido ser corto, porque yo ando de largo, aunque alguna vez de abate que voy. Escríbele tan *calamo currente*, que de romance pudiera volverse en seguidillas, con que por estas andanzas, sino es fénix, es peregrino. No es útil, porque no es de provecho; ni dulce, porque no es de confitería, que a mí no me conviene poner las cosas en punto, sino en contra. No es moral, porque es camueso; será deleitable en una guitarra, y tendrá enseñanza, si hay quien le corrija, con tal que lo adelante. No solicito aplausos ni temo mordiscos, que aquéllos me echan a perder, y éstos a ganar: quien me censura me medra, y a más moros más ganancia. No quiero elogios, porque son

anuncios de túmulo, ni que me busquen las honras con los pies de la tumba; más quiero espantajo que pueda yo mirar, que estatua que no pueda ver.

El siglo en que estamos es burlesco, y si no lo es para todos, lo es para mí. Más quiero ser hombre de pera que de bigote, y la tararira es la que me da para peras: llene yo el jergón y digan que soy agudo como punta de lo que se echa encima. No doy consejos, porque no los han de recibir, ni quiero que me los den, porque no los he de tomar. Pagados estamos: yo con ninguno, todos sin mi, y Cristo con todos. Los cultos digan lo que quisieren, si es que pueden decirlo los cultos, que el diablo que los entienda. El mayor timbre es ser claro y el parto lo envilece lo obscuro, más quiero parecer urraca de día que lechuza de noche. Ya, señores críticos, estoy apologizado, y desde hoy en adelante he de ser mi anatema y mi paulina, y, si aún esto no llena, venga el todo cuando cabe, que cabe le digo, y rueda la bola, y perdónenme lo que les doy que hacer en no dejarles qué decir; brinden Ustedes a lo dicho, que yo por no errar hago la razón.

No he de escribir contra otro, sino contra mí: déjenme Ustedes ser mi blanco para ser mi acierto. Yo me alcanzo a mí mismo con dos varas y media de diferencia, y me toco y me peino y me hallo con más faltas que una preñada, con más hierros que un locutorio, y con más borrones que plana de chiquillos de escuela; consu lome con que al más sabio lo estripan en una prensa, al más perito lo meten en una banasta, y se la pegan al más discreto, poniéndole a la cola de una gaceta. Ustedes hisopeen de alabanzas a los muertos por ellas, remienden a los rotos, saluden a los mordidos, cuelen a los manchados, y enderecen a los rostrituertos: y a mí, baut cenme con apodos, que así tendrá otros tantos nombres: maldiciones me cubran, para que me hagan grande, dientes me roan los zancajos, para que me acepillen la ro a, y sátiras lluevan sobre mi cabeza, para que me laven los cascots. Finalmente, mi lengua y mi pluma no tiran a herir, sino a alegrar y sobre todo a aprehender; quien me quisiere amigo me hallará, o le buscar  yo, porque desafío a todos a amistad: ni temo, ni debo, que no es poco.

Llegó la hora, este es el pasaporte. Adi os, amigos, y buen viaje.

VIAJE DE TORRES a Santiago

Seas cándido o de Angola,
benigno o tigre de Hircania,
cristiano o de Berbería,
prudente o de Tramontana;

Amigo u opositor,
devoto, o de vida airada,
curioso o estrafalario,
discreto o un papanatas;

Pío u de color castaño,
atento, o que no oyes nada,
sutil, o medio relieve,
y en fin, perito o manzana;

Lector, sin ser testamento,
sepan cuantos esta carta
leyeren de mi *Viaje*,
que se hizo sobre la marcha.

Si acaso te pareciere,
Lector, que santa gloria hayas,
que es carta de marear,
dála al correo de Italia.

Porque, si te sale de ojo,
verás mejor lo que pasa
y, cuanto la Musa sopla,
sabrás que el papel lo empapa.

Mas yo espero en el favor,
que debo a tu confianza,
no dejarás de leerla
por un ojo de la cara;

Por no poder ser de misa,
Será carta lega y llana,
y en estilo familiar,
para que sea endiablada.

Querrás saber (claro está)
los ápices, circunstancias,
dónde, por qué, cómo y cuándo
del cuento, pues *verbi gratia*,

Cuando al libro de mi vida
pusieron por rotulada
destierro de la inocencia,
ya que no de mi ignorancia.

Pero hablarete más claro:
cuando expulso de mi Patria,
para que no entrase en ella,
tocaron a cierra España,

A la raya me pusieron
de la grande Lusitania;
pero yo, ni aquí, ni allí,
pude jamás hacer raya.

Voto a Dios hice y a toda
su celestial corte santa,
de ir al Patrón de Galicia
a correr las caravanas.

Fue el voto al pie de la letra;
esto es, al pie de la pata,
porque yo dije, ¿qué coche,
ni qué mula ni qué jaca?

Dispuse, pues, mi comedia,
no famosa, pero rara,
con más de ochenta mil pasos,
que puse en cada jornada.

Pero antes (vamos despacio,
que aquesto se me olvidaba)
me confesé en General,
quiero decir en mi aula.

A la Cátedra pedí
su licencia y diome grata
una bendición de borla,
con que llenase la panza.

De Escuelas me despedí,
di en las losas dos patadas,

las uñas besé a Minerva
y los tobillos a Palas.

Salime andando hacia atrás,
por no volver las espaldas,
haciendo tres reverencias
y paternidades tantas.

Previne luego la alforja,
porque fiar la pitanza
de peregrina aventura
suele ser común desgracia.

Conseguí para los viernes,
y ayunos de la semana,
que diez docenas de huevos
las esferas me estrellaran.

También las siete Cabrillas
me dieron siete cornadas;
que luego dije, era leche,
al verla blanca y migada.

Llamé a los signos, y el Tauro
me dio una pierna de vaca,
otra de carnero el Aries,
y el Piscis dos o tres raspas.

El León me dio un ochavo;
Acuario una bota de agua;
Géminis dos revoltillos,
y Libra una de piltrafas.

Llegué a la casa de Virgo,
y hallé la puerta cerrada;
Capricornio andaba a monte;
Escorpio a lenguas y a agallas.

Cáncer a las bocas-calles
las tenía amedrentadas;
y de Sagitario huí,
porque éste siempre la clava.

La luna me dio sus cuartos
para pagar las posadas;
pero en todas me dijeron:
Miren ¡qué cuatro de plata!

Puesto ya, en fin, a la vela,
y si aquesto es poco, a la hacha,
tomé las que por mi nombre
de Villa-Diego se llaman.

Salí, pues, y no al romper,
sino al remendar del alba,
que era mucha costa un nuevo
vestido cada mañana.

Los pájaros a este tiempo
oí que ya pajaraban:
un aria chilló un gorrión,
y un recitado una urraca.

Con mi bordón en la mano,
al cinto mi calabaza,
y la Casa de las Conchas
al hombro, pecho y espalda,

A caminar empecé
y no por la Vía Láctea,
ni en la mejor vía y forma,
que en derecho lugar haya;

Sino por donde juzgué,
que algún camino llevaba;
porque no digan de Torres,
que descaminado anda.

Quiso Dios se me juntasen
tres leales camaradas,
de éstos con quien se sosiega
aquello mismo que cansa.

Gente moza y apacible,
de ésta, que en donaire y gracia
más buen humor restablece,
cuando más buen humor gasta.

Con que imprimiendo los tres
las tuyas en mis pisadas
en el polvo cada huella
era del cariño estampa.

Pues, como suelen decir,
los cuatro en amor compañía,

todo cuanto pisan, copian,
y cuanto prensan, retratan.

Esto es de filis y no
va por la vía ordinaria;
dájolo, y a mi camino
me vuelvo a la pata llana.

Pasé por Ciudad Rodrigo,
ciudad noble y veterana,
y ciudad que no ha quedado
por corta ni mal echada.

El río Águeda sus pies
le ensucia, más que le lava;
y Águeda fuera mejor
que se convirtiera en Clara.

Tiene una puente, que puede
representar en las tablas,
y con narices de troncos
ve por ojos de legañas.

A cinco leguas de aquí,
sobre más o menos cuarta,
llegué al Fuerte, que se acuesta
y dicen que se levanta.

Fuerte de la Concepción,
donde devotos trabajan
oficiales de Castilla,
mas ninguno de la Mancha.

Fuerte, en suma, cuyos lienzos
pueden resistir a Holanda,
empatársela al Imperio,
y apostársela a Bretaña.

Desde el Fuerte pasé a Almeida,
frontera bien pertrechada
con gran tren de artillería,
y no se echa con la carga.

Por fosos, tiene padrastras,
por revellines, madrastras,
por escarpas tiene suegras,
y por cortinas, cuñadas.

Por guarnición, portugueses
que la celan y la guardan
tanto como a las mujeres
los machinos y guitarras.

Recibiéronnos al son
de cajas de mermelada,
que pudieran por vacías
servir para hacer la barba.

Di el nombre, y, por ser de Torres,
al punto dio campanada,
y todos me saludaron
como si yo allí rabiara.

Hiciéronme de los tiempos
algunas preguntas varias,
a que yo les satisfice,
haciendo cuatro mudanzas.

Preguntáronme, qué juicio
hacía sobre las armas,
y dije que las Tizonas
habrán de verse Coladas.

Y que también la bandera
sacará una encamisada,
y sonarán los morteros
con tabaco de La Habana.

Demandaron, si habría paz,
y respondí a su demanda,
que se cantaba en la *Gloria*
y que por el coro andaba.

Diéronme un mendrugo mixto
de maíz y de cebada,
y unas habas, discurriendo
que yo no tenía haba.

Eran, si mal no me acuerdo,
unas negras y otras blancas,
con que así fue la comida
aprobada y reprobada.

Postres suelen ser principio,
medio, y fin de su vianda,

acaban por donde empiezan,
y empiezan por donde acaban.

Son sus mayores regalos
peros, nueces y avellanas,
con que todas sus comidas,
se reducen a monadas.

El pimiento, la aceituna,
la col, cebolla y patata
la comen, con tal que tengan
la Bula de la Cruzada.

Por el trigo no se dice
lo dé "a quien cuece y amasa",
la cosecha más moderna
siempre llega a centenaria.

Y aun aquesta sus agostos
suelen darla tan escasa,
que allí se ve propiamente
el que sus parvas son parvas.

Vaca y carnero es *rara avis*;
¿carne allí? ni aun la más baja,
porque ni aun hay quien a otro
meta en el corral las cabras.

De caza volante, es cierto,
el que en toda su comarca
no se ha visto siglos ha,
sino el cuello de una garza.

De la pesca decir puedo,
que si las redes se echaran,
pez y peces se verían
en mejillas atezadas.

No pondré en mis Calendarios,
por lo que a esta tierra falta,
ni buen viernes para pesca,
ni buen jueves para caza.

Sólo en sus viñas se encuentran
algunos parros y parras,
y en pies de hombres y mujeres
algunos patos y patas.

El tocino es anatema:
hay lonjas, mas no de magras,
por no tirar al codillo
no juegan a la emperrada.

Entre col y col, lechuga,
es comida extraordinaria,
y todos los días berzas,
aun el caldo no le amarga.

La nación de los bretones
de aquí deriva su casta,
y de aquí prueba su origen,
también la nación lombarda.

Un guisado mandé hacer
de carne que yo llevaba,
y conocí en el guisado,
que no estofan, pero estafan.

Todo esto y más que no cuento,
pasó ante mí en esta estancia,
que si yo lo refiriera,
cierto es, que no lo callara.

Yo bien quisiera ir al grano,
pero en esta tierra falta;
quien por cansado me tenga,
que me haga luego la cama.

El Lector venga conmigo,
si el ser Lector no le cansa,
o quédese, si predica,
o pase, si no hay entrada.

Tres caballos con sus sillas,
un borrico con su albarda,
un negro, nuestras personas,
frenos, cabestros, retrancas,

Gurupas, cinchas, estribos,
clavos, herraduras, mantas,
pelos, señales, edad,
mataduras, lomos y ancas.

En Almeida aduanamos,
mas no quiso la aduana

pasar por más mataduras,
que las que en la cruz estaban.

Y aun los caballos del sol
me hicieron que aduanara,
o afianzase con ellos
volver por allí mañana.

Y que si alguno moría,
que perjuicio me parara,
y aun después del asno muerto,
ponga al rabo la cebada.

En el convoy susodicho
de bestias y zarandajas
iban las cosas precisas,
para hacer las necesarias.

Porque en Portugal es cierto,
que no está Mesopotamia,
y si ella no va delante,
cesa el curso de Transilvania.

A Elías, Pablo, Benito
los cuervos los sustentaban;
a ellos panes les traían,
y a mí los ojos me sacan.

Pues fiar que como a Roque,
un perro me regalara,
no lo creo: hartos me han dado,
¿otro perro más? ¡Zarazas!

Despedime y por las piernas,
seña en ellos la más grata,
me abrazaron, porque allí
aprimonian cuando abrazan.

Tomé lías, y fue mucho,
que maromas no tomara;
pero para caminar,
era preciso liarlas.

Llegué a Piñel, población
símil a una fe de erratas;
y es cierto, que no se ha visto
cosa más bien acabada.

Toda puerta estaba abierta,
mas ninguna hallaba franca:
yo estaba de buen recibo,
pero ellos de mala data.

Decíanme las mujeres,
al ver mi estatura larga:
«¡Por cierto, que el peregrino
tuvo muy buena crianza!».

Riéndome del aplauso,
respondía yo: «Madamas,
no es muy larga mi estatura,
puesto que no alcanza nada».

Preguntaron de dónde era,
díjeles, que de Tartaria,
y que yo era un peregrino
que de Zeca en Meca andaba.

Que venía de la Cueva
de San Patricio de Irlanda,
y por la de Montesinos,
iba a la de Salamanca.

Oyendo esto, a compasión
se movieron sus entrañas,
y por gran merced me dieron
licencia para la marcha.

Pregunté si había mesón;
dijeron: «¡Bella posada!».
Y que había un presidente,
mas que no era de sala.

Posada de tal cariño,
que según sus circunstancias,
quien con ella se desposa,
es el que menos se casa.

Posada quiero decir,
que aun para el mayor babanca
era, pidiendo divorcio,
buena para desposada.

La cama era tan enferma,
que de enferma estaba en cama,

donde se echa a descansar
el que de ella se levanta.

Tenía un jergón no bobo,
pues no se dormía en las pajas,
y un colchón, que trasquilado
volvió, cuando fue por lana.

Allí noté, que si alguna
el buen colchón enfundaba,
no toda la lana es pelos,
porque toda era cascarrias.

De chinches, como de pulgas
no hay más que llena la manta,
la chinche anda a la que corre,
y la pulga a la que salta.

Piojo hay con bigote y pera:
¿con pera? y aun con granada.
Y piojo que por rabino
creí que judaizaba.

Piojo también hay barbero,
pues piojo es que pica y sangra,
y piojo que echa ventosas,
y que las ventosas saja.

Piojo hay héctico y leproso,
piojo con bonete y falda,
que para entrar en colegio
mayor, bayetas arrastra.

No hallé asunto, que pudiese
comunicar con la almohada,
pues toda la noche de ella
la cabeza estuvo falla.

Tenía la cama, en fin,
si he de acabar de pintarla,
sábana de Trapisonda
y colcha de Trapobana.

Pedí a la huéspeda luz,
y dijo: «No hay velas, ni hachas
aquí, más que las que ardieron
desde Coímbra a Alcobazas».

Sin luz me acosté, y al punto,
para entrar en la batalla,
le supliqué a Nicodemus
me prestara sus tenazas.

Tocaron la botasela,
con el monta y la tarara,
los enemigos del cuerpo,
que hacían tripe alianza.

Cuál al costado se arrima,
y cuál a la oreja avanza,
y a la pestaña del ojo,
y aun al ojo sin pestaña.

Cuál me pone una tapa boca,
cual el bigote me rapa,
y hacer quiere en la nariz
una, que sea sonada.

Cuál corre rabo entre piernas,
uno en brazo, otro en garganta,
porque uno en papo, otro en saco,
y otro en sobado llevara.

Cuál embiste frente a frente,
cuál cierra por las espaldas,
y a este mi roto pellejo
quiere echarle una botana.

¿Viste alguna vez, Lector,
toro y toreros en la plaza?
Así andábamos yo y ellos,
a estocada por cornada.

Aun los dientes esgrimía,
y era lo mismo, en sustancia,
echarme pulgas y chinches,
que guindas a la tarasca.

Pues ¿qué diré de los piojos?
Ya no se me daba nada,
por un oído salían,
y por el otro me entraban.

Engarzándose uno en otro,
me pusieron arracadas,

y en dos razones me hicieron,
que las orejas bajara.

Vínome a pedir de boca
uno, que era un tragaldabas,
y yo dije: «Pues, por mí
dinero, quiérole Papa».

Así fue, que sin melindre
me lo tragué en cuerpo y alma,
y al tragarlo, él y el gallillo
anduvieron a picadas.

«Hazte allá», decía el piojo,
y el gallillo rezongaba,
«eso no, que cada gallo
piojo en su muradal canta».

Hube menester sacar
a las fauces las ensanchas,
y estuvo a pique la nuez
de volvérseme castaña.

Levánteme a puto el postre,
cuando el sol encandilaba,
y parecía pared,
a quien vítores almagran.

Si ya no era carta escrita,
con las letras coloradas,
y no era una plana sola,
pero aun la vuelta y postdata.

Parecía yo también
imagen de aquel tetrarca
Herodes, a quien gusanos
comían y merendaban.

Sacudime y chamusqueme,
y en el fuego restallaban
latigazos de cocheros,
que iban corriendo paradas.

Y aun después de chamuscado,
se me quedaron pegadas
algunas reliquias de
la mala vida pasada.

Cómo les había ido,
pregunté a mis camaradas,
y respondieron: «Cada uno
donde le come, se rasca».

De aqueste plagado Egipto
al punto tomé la rauta
para Trancoso, lugar
que creí no hallarle en casa.

Salieron a los atajos,
y aun a las encrucijadas,
mil pobres, que el *Padre nuestro*
por “el pan nuestro” empezaban.

Y no sólo “dánosle hoy”,
«dánosle para mañana»
decían, y si no el pan,
el corazón quebrantaban.

Tan amigas, tan amantes
eran las pobres escuadras,
que no había pan partido
entre ellas, ni aún rebanada.

Amantes, dije, y amigas,
proposición cierta y falsa,
porque llegaban amantes
pero a-migas no llegaban.

Llegué a Trancoso, y temí
me recibieran con trancas,
que es un lugar, que así se
llamó por antonomasia.

Pulga menos, piojo más,
tal la mesa, cual la cama,
a pocos lances noté,
que descubrían la caca.

Iba ya a este tiempo crudo
la alforja desalforjada,
y ya de seca en costilla
se me volvía la panza.

Pregunté si había comida:
«La comida ya es pasada,

–respondieron–, la que está
por comer, es la que tarda».

«¿Hay gallinas?» «No hay gallinas
en Portugal, que hay carranzas»
«Hay parvas» «Tan poco aquí,
se dice, el andallo, pavas».

«¿Hay huevos?» «No hay quien los ponga;
pero si es cosa antojada,
aquí hay yemas en los dedos
y en las Franciscas hay Claras».

«¿Hay carnero?» «Aquí jamás
al carnero se echa nada».

«¿Hay vaca?» «Allá de Castilla,
no vino el son de las vacas».

«¿Hay perdices?» «El que juega
las tiene, cuando no gana».

«¿Hay liebres?» «En las caídas».

«¿Hay tocino?» «Es cochinado».

«¿Hay perdigones?» «En plomo»

«¿Hay pollos?» «Llevo los Marta»;

«¿Hay pollas?» «En cascarela»

«¿Hay palomos?» «En las faldas».

«¿Hay aceite?» «Ni en la unción».

«¿Hay leche?» «Quedó cortada»

«¿Hay miel?» «Mas no es pa' el asno»

«¿Hay queso?» «Con el que se arma»

«¿Hay pan?» «Mas no es todo trigo»

«¿Hay molletes?» «Ni en las caras»

«¿Hay vitela?» «En el breviario»

«¿Hay vino?» «Eso sí, como agua».

¡Válgate el diablo por tierra!
No digan, que es tierra mala,
que ésta es una tierra justa,
porque es de otras sustentada.

Algo hay, que no falta todo,
ni es la tierra tan escasa:
pues ¿qué hay? Hay el continuo
deseo de que lo haya.

Esto escuchando, confieso,
que, aunque tengo buena pasta,
perdí entonces la paciencia,
pero no perdí la gana.

Una y no más, dije triste,
que yo te doy mi palabra,
de que no vuelva otra vez
a ti, ¡oh tierra Portugala!

Una cosa buena tienes,
el ser y haber sido caja
de dos finas perlas, una
recibida, y otra dada.

«Adelante con la cruz»,
dije, y proseguí la estrada
a Ponte de Abad, que Dios
dé a sus ojos cataratas.

Desde aquí pasé a Lamego,
ciudad que se la apostara
aun a la bolsa de Judas,
en lo angosta y en lo larga.

Ciudad de sí presumida,
por ser ciudad estirada,
y que aunque mucho la alaben,
no la han visto ponerse ancha.

Una calle, mitad tuerta
y otra mitad corcovada,
sin que una palabra diga,
es calle que a todos cansa.

Ciudad jeringa, y no ayuda,
ciudad de tramposo paga,
ni bien ciudadana aldea,
ni bien ciudad aldeana.

Parece que tiene cursos,
según está despeñada,
y sólo es perteneciente
a niños, que andan a gatas.

La planta casi desnuda,
agría vía, y no calzada,

bien roto, y mal descosido,
sin calzones llegué a Braga;

Lugar, que, según escriben
diversas plumas de un ansar,
fue fundado por balones,
no más que hasta la bragada.

Lugar, que le dio principio
a las calzas atacadas,
y a los primeros hidalgos
de bragueta, su probanza.

Andan aquí las mujeres,
las poquísimas que andan,
tan cobardes, que a ninguno
le saben mostrar la cara.

De negra bayeta visten
las solteras y casadas,
con que hacen como espantajos,
el coco y aun el caracas.

Sírveles de guardapiés
la mantilla sopalanda,
y aún viene a ser la mantilla
tapafundas y solapa.

No se atreve el más osado
a hablarles una palabra,
porque al instante echan ternos
de *requiem*, mas no de gracias.

Ellas mismas en su entierro
parece que se acompañan,
porque cada una su tumba
lleva en andas y en volandas.

No se ve en ella, sí es cierto,
lo de no tenéis vos calzas
coloradas como yo,
ni azules, verdes, ni pardas.

A silencio perdurable
están todas condenadas,
porque accidentes de celos
las tienen quitada el habla.

Sólo con los forasteros
las monjas chillan y garlan,
que de propios ya no son
vistas, ni representadas.

Con que de ociosas sus bocas
han criado telarañas,
y de tanto estar en muda,
están sus lenguas peladas.

Y así, solamente sirven
sus rejas para los que aran,
sus tornos para las norias,
para escaleras sus gradas.

Tal de corbatas figura
traen los hombres que por anchas
todas las guardias balonas
no llegan a sus corbatas.

En cada corbata llevan
un peinador, y toalla,
prevención con que parece,
que en remojo echan la barba.

Con vestidos militares,
pero hasta los pies las capas,
se duda en su raro mixto,
si militan o alegatan.

Espadas largas se ciñen,
y aun también malillas largas,
y con tantos gavilanes,
que los tiemblan las calandrias.

Marché a Valencia, y bien fuera,
que a la luna se quedara,
que en esta última estación
la boca quedó a la cuarta.

Unas sopas mandé hacer,
y sacáronme por taza
todo el Colegio de Cuenca,
y por osa la criada.

El plato aún tenía estopas
de algunas unciones dadas;

pero, en fin, era de cuerno
la aceitera y la cuchara.

Ama y criada eran pulcras,
aunque de tierras extrañas,
la criada de Meonia,
y de Cochinchina el ama.

Salimos de Portugal,
como quien de la Tebaida
vine de hacer penitente
vida Hilariona o Macaria.

En un carrillo una acelga,
y en otro una espinaca;
si me viera Carlos Quinto,
me llamara Luis Quijada.

De pergamino arrugado
el mote me dio en la cara,
y de los ojos las niñas
se me volvieron ancianas.

Cuando llegué a Portugal
bailé al son que me tocaban:
entré con el de folías,
salí con el de fantasmas.

Una guitarra con cuerdas
era mi seca garganta,
y la nuez era la puente,
por donde nada pasaba.

Ya las plantas de mis pies
eran raíces de plantas,
que más bien que las movía,
parece las arrancaba.

Entré en Galicia a ver si
la madre gallega hallaba;
madre buscada de muchos,
y de pocos encontrada.

Gente honrada hallé en Galicia,
mas no parecía mi capa;
gente como la verdad,
muy desnuda y aun descalza.

Gente que de hoz y de coz
entra y corre por España;
noche y día hecha al trabajo,
y aun a la fiesta de Guarda.

Gente gallarda por tierra,
como invencible por agua,
pues gallegos han vencido
tantas navales batallas.

De aquí partió, según dicen,
naval Carmelo a Samaria,
y aquí, según ellos cuentan,
soñó Nabuco su estatua.

La Nava del Rey es hija
de esta cepa y esta parra,
y ella produjo dos gentes,
la Nabatea y Navarra.

De Nabot aquella viña,
por Jezabel vendimiada,
de aquí procedió y de allí
volvió para Ribadabia.

Del humor de sus peñascos
Navalagamella mana,
y del viento de sus tripas
Navamorcuende dispara.

Duermen mixtos en un lecho
hombre-castrón, mujer-cabra;
la mujer junto al berraco,
junto al hombre, la berraca.

Gallina, capón, becerro,
entran también en la jaula,
y mézclase pan, boñiga,
cagarruta y gallinaza.

No salen de aquesta junta
las criaturas humanas,
sino medio jabalinas,
capricornias y centauras.

Seis veces al año paren
las mujeres ordinarias,

siendo la que pare cinco,
por estéril repudiada.

Tres o cuatro hijos al menos
echan de una ventregada,
y de esto ha de mostrar prueba
la soltera que se casa.

Por todo tiempo y lugar,
al día, a la noche, al alba,
anda la gaita gallega,
y después la zamorana.

Acompañan al tañido
coplas de la zarabanda,
que si peinadas no son,
a lo menos son cardadas.

Una rolliza gallega
por tetas dos calabazas,
una cuba por barriga,
y por envés dos tinajas.

Ceñido al cuerpo un zurrón,
puesta al cuello una carlanca,
a la cabeza un erizo,
a la pierna una botarga;

Por pendiente una colmena,
por colonia una taharra,
un argollón por sortija,
un puerco espín por abarca;

Me acogió en su pobre choza,
y me compuso unas papas,
porque debió de creer,
que yo era el niño de Mambblas.

No había sartén ni olla,
ni había cazo, ni caza,
porque ella sólo tenía
pucheros cuando lloraba.

Era un tiesto, que servía
a los vientos y a las aguas,
y a todas las granizantes
occidentales borrascas.

El tiesto, que estaba roto,
tapones lo remendaban;
pero es verdad que encontré
al primer tapón zurrapas.

«¡Quién tuviera –exclamé–,
la sopa dominicana,
el franciscano mondongo,
y gerónima escurraja,

Los desperdicios jesuitas,
las sobras augustinianas,
los mercenarios mendrugos,
y carmelitas migajas!».

Sintió mi queja asquerosa
la gallega perdularia,
y este nublado de ripios
granizó en lengua polaca:

«Vaya el sopista candonga,
vaya el tunante lilaila,
el herbolario hipoteca,
el astrólogo trapaza;

El licenciado caroca,
el bachiller patarata,
el graduado garulla,
el prosista brandalagas;

El peregrino angulema,
el gorrón tracamundana,
el andante batahola,
el pronostiquero maula;

El vagabundo bazofia,
el versificante ganga,
el fantasmón tremolina,
el estrellero cucaña;

El clerizonte pandorga,
el tacaño zalagarda,
el compositor bandurria,
el agorero baldarra;

El presumido zambomba,
el fandanguero soflama,

el músico friolera
y el escolar faramalla».

Yo confieso que en mi vida
me han dado tan gran matraca
los críticos que han vivido
de escribirme sobarbadadas.

Ni los tres que se clarean,
ni los ciento que se tapan,
en viento aqúeste romance
le han de poner tantas tachas.

Gustome la retaña,
la barahunda, la zambra,
la trápala, trisca, gresca,
jerigonza y zurribanda.

Llegué a la ciudad de Tui,
que fue como si llegara
a la Gloria y aun al Credo,
y a todo el *agere gratias*.

Porque aquel noble, glorioso
presul de su iglesia santa,
a cuyo candor de vida
de su sangre el rubí esmalta.

En su palacio o iglesia
acogida me dio grata,
y vi en sola su persona
templo, deidad, altar y ara.

Aquél, que de heroicidades
nobleza consigue tanta,
que puede de la adquirida
gloriarse la heredada.

Aquél, de cuya notoria
virtud y esplendor resalta
purpureada candidez,
púrpura candidizada.

Aquél, que de orbes de gloria
y de honor, luciente mapa,
no de otro, que de sí mismo,
es reino, es provincia, es patria.

Copiando de astures fuertes,
las clarísimas prosapias,
que de su océano, ríos
vuelven a sí, y de sí manan.

Cuya piedad generosa
brindando desde su casa,
el propio y el peregrino,
antes que la buscan, la hallan.

Aquél, en quien es la mitra
aclamación de tiara,
siendo para todos todo,
y sólo para sí nada.

Afabilidad, modestia,
virtud, bizarría y gracia,
todas en él se compiten,
y cada una se aventaja.

Éste es don Fernando Arango,
pastor fiel de ovejas tantas,
que él ayuna y ellas comen,
que no las pierde, las guarda.

A su cayado, a su silbo,
el voraz lobo se espanta,
y su celo al león rugiente
le hace doblar la quartana.

Buen siervo, grande ministro,
que a la Majestad Sagrada
le vuelve de sus talentos
duplicada la ganancia.

Favoreciome, admitiome
a su mesa, con tal altas
demostraciones, que fueran
aún muchas, para soñadas.

Contento salí de Tui,
ciudad de letras escasa,
y ciudad de un genitivo
de posesión mal tomada.

Comido para tres días,
salí de aquesta morada,

porque en ella entré Quijote,
pero salí Sancho Panza.

Para ver mi carantoña
mangas había avanzadas
en los caminos, que nunca
fueron más perdidas mangas.

Deseaban ver a Torres,
presumiendo su ignorancia,
que era la torre de Faro,
o a lo menos la Giralda.

Preguntaron si sería
buen año de verdolagas,
si adivinaba verrugas,
si uñeros pronosticaba;

Si vendría la langosta,
si andaría la lagarta,
si daba en las cabras tiña,
si daba en los perros rabia.

Si pepita en las gallinas,
si torozón en las jacas,
ortigas para los pavos,
para las ayudas malvas.

Si por falta de jeringa
suplir podía una cala;
si era malo o bueno cuando
el viento en popa soplaba.

Si tomado por las hojas
el rábano no picaba;
y si era el rábano frito
provechoso en ensalada.

Si daba por lacticio
a la leche de las parras;
y si la manteca unto,
y si los pájaros maman.

Si era buen año de carnes,
o de culos en las tabas;
y que si sabía cuándo
criará pelos la rana.

Si habrá prensas de corcovas;
si pelecharán las calvas;
en qué mes lloran las rijas,
y cuándo las potras cantan.

Si las perderá algún día
el que tiene malas mañas;
y si se debe creer
a los que aran y cavan.

Si en este año la Cuaresma
entra por Ana, Rabana,
Rebeca, Susana y luego
Lázaro, Ramos y Pascua.

«Sátiros –dije–, o demonios,
calle esa malicia zafia,
que no acaba con preguntas,
y sólo conmigo acaba.

Circe os responda y Medea,
Alcina y todas las hadas,
que os devoren la canillan
después que os chupen las cañas.

Sé, que hay mañana, y hay hoy,
y sé que, si este hoy se pasa,
mañana será otro día,
no lo que será mañana.

Aún no sé lo que es presente,
porque nadie me regala,
ni futuro, ni futura,
porque no pretendo plaza».

Afúfelas, más corrido,
que un comedia silbada,
llevando en cara y bordón
juntas la mona y la maza.

A SANTIAGO, en fin, llegué,
centro de las de mi pauta
líneas que por tan torcidas
en un candil alumbraban.

Campo de estrella, que en esta
mi profesión calendaria

favores me reportoria,
y fortunas me almanaca.

Si la tabla del naufragio
allí no dejé colgada,
a lo menos de las fiestas
móviles colgué la tabla.

Dijéronme allí, que al fénix
por peregrino aguardaban,
que un propio de cinamomo
envió desde la Arabia.

Que el Preste Juan de las Indias
a puto el postre marchaba,
y que estaba por instantes
esperando a la Czariana.

Y que vendría el Gran Turco
desde la puerta otomana,
vestido de penitente
para la Semana Santa.

Esto me dijo el perrero;
y por más señas, que andaba
sacudiéndole las pulgas,
a unos perrillos de faldas.

Yo no quise replicarle,
porque temí de su saña,
que también a mi esclavina
la zurrase de badana.

La torre de Babilonia
no tuvo leguas tan varias,
como las que allí concurren
peregrinas por extrañas.

Son las fábulas de Hisopo
verdades allí, pues hablan
en León, Águila y Gallo,
España, Alemania y Francia.

Veneré aquellas paredes,
rendí adoración postrada
a aquel cuerpo, que aun difundo,
respira con tantas almas.

Contemplé al Hijo del trueno,
que no de la nube opaca,
sí de la brillante esfera
rayo ardiente se dispara.

El que sí monta a caballo,
caballo que no sufre ancas,
no ha de dejar ni un rey turco,
ni aun una sota africana.

Aquél más guapo de Andújar,
que a los nueve de la fama,
dos por tres hizo que fuesen
fuera de los nueves, nada.

Aquél, con cuyo estornudo
fue filis, fue filigrana,
la culebrina de Rota,
como la maza de Fraga.

Valencia, Mallorca, Huesca,
Clavijo, Hacinas, Simancas,
Coímbra, Jerez, Galicia,
Jaén, las Indias, las Navas,

Digan si aquesto es historia,
pues visible en sus batallas
peleó a puntas y a encajes,
y a Tajos y a Guadianas.

Mas moros envió al infierno
su centelleante Tarama,
que médicos a cristianos
al otro mundo despechan.

En la ciudad de Santiago
firme en tierra, en aire varia,
tal vez, cuando flautas, pitos,
y tal, cuando pitos, flautas,

Su ilustrísimo Arzobispo
celestialmente se exalta,
en su grey, de todo Yermo,
si no de glorias y gracias:

En su agrado, en su elocuencia
prudentemente cristiana,

parece que de sus sienas
se van a el labio sus canas.

El imperio con halago,
el régimen, con templanza,
el despacho, sin pereza,
la gravedad, no pesada;

La piedad, sin vanagloria,
la discreción sin jactancia,
sin melindre, la virtud,
sin solicitud la fama.

Unión hermosa de prendas,
unas a otras engarzadas,
en él se hallan, si las hay;
no las hay, si en él no se hallan.

En Josef, en todo aumento,
pero con qué perspicacia
sabe congregar el trigo,
y consumir la cizaña.

Acariciome piadoso
con tan atenta bizarría,
pulcra esplendidez, que el modo
competía a la substancia.

Yo, al contemplar su persona,
y la célebre abundancia
de su archiepiscopal mesa,
dije luego: *Habemus Papam*.

Rendido besé su anillo,
aplicando su esmeralda
más de cuatrocientas veces
a esta de Sansón quijada.

Monté luego en mi rocín
que la ida y no de espada,
fue de infante; mas la vuelta
fue de caballo coraza.

Volví por otro camino,
como aquellos tres monarcas,
mi alma como la suya
es sólo lo que me falta.

Si me culpares, Lector,
las coplas por demasiadas,
menester son tantos pies,
para tan larga jornada.

Mas yo, mi Lector, te juro,
so pena de mi amenaza,
que me las has de pagar,
pero con un real de plata.

FIN